

XVII.

En Villavicencio habian visto las humaredas, acerca de cuyo motivo no tenian antecedente alguno, y habian oido y seguian oyendo el desesperado toque de rebato.

Supusieron, como era natural, que de Mayorga se hubiesen corrido hácia aquella parte fuerzas enemigas, y por lo que pudiera sobrevenir, se pusieron en armas.

Ahora bien: en Villavicencio habia mas poblacion: el rico hombre era mas rico que el de Velilla, y tenia algunos hombres de armas.

Hízoles cabalgar, salieron á las afueras del pueblo armados de viejas ballestas los vecinos, tomaron los altos y se pusieron en defensa, cuando hé aquí que por una quebrada del terreno ven asomar un guion de iglesia y luego una turba macilenta, despeada, que se acercaba toda triste y con paso lento.

Destacóse Matías Gil de Sansueña, que así se llamaba el rico hombre de Villavicencio, con cuatro de sus rocines, y encontróse con que lo que se acercaba no era otra cosa que la poblacion entera de Velilla de Valderaduey, sin faltar ni siquiera las monjas.

Maravillóle esto, enteróse, dióle un poco de pavor de que un pueblo vecino estuviese ocupado por el enemigo como se suponía, acogió en su villa á los de Velilla de Valderaduey, armó á los hombres como pudo con armas enastadas en palos los unos, hondas los otros, espadas algunos y ballestas pocos, y allá, á la caida de la tarde, con un ejército de ciento cincuenta hombres, armados como Dios queria, empezó á acercarse, no sin miedo, á Velilla de Valderaduey, en la cual ya no se oia nada, porque como el campanero, que se atrevió á mirar á la plaza, vió que nadie habia en ella, que reinaba un profundísimo silencio y que habian cesado las humaredas, lo dió por terminado todo, y cansado de tocar á rebato, echóse á reposar un poco en la misma

torre, y entróle un sueño, que ni el de los siete durmientes, por cuya razon todo quedó en un silencio profundísimo.

XVIII.

Era ya cerrada la noche cuando el ejército aliado llegaba á las tapias de los corrales de la villa de Velilla de Valderaduey. Hay que advertir, que el clérigo, las mujeres, los viejos y los niños de esta villa, por lo que pudiera acontecer, se habian quedado en Villaviciencio de los Caballeros, y que solo avanzaban hácia el lugar pavorosos los hombres buenos y los honrados vecinos de ambas poblaciones.

Tomáronse cuantas medidas de precaucion deben tomarse en tales casos.

Entróse por varios puntos de la villa con las armas preparadas, y al fin todos los entrantes confluyeron en la plaza sin haber encontrado á nadie.

Miráronse unos á otros los vecinos, no sabiendo como esplícarse aquello.

Vieron que sus casas estaban cerradas, sin señal alguna de que nadie hubiese entrado en ellas.

Al fin, el alcalde, con una voz prodigiosamente estentórea, gritó desde la plaza:

—¡Cascarones! ¡Cascarones! ¡estás tú ahí, hijo?

Cascarenes, como sabemos, era el hombre á quien habian dejado en la torre de la iglesia para poner en movimiento las campanas.

Cascarones dormia aún; pero tan poderosa era la voz del alcalde, que le despertó.

Reconocióla, y asomándose al arco de la campana, dijo:

—¡Qué! ¿se han ido ya, señor alcalde?

—Sí, hombre, sí, contestó este; baja, abre la iglesia y cuéntanos lo que ha sucedido; no tengas miedo, que aquí estamos todos con los de Villaviciencio.

XIX.

Seis minutos despues, el campanero estaba delante del alcalde.

—¿Por qué has tocado á rebato? dijo este.

—Porque aquí se nos ha metido el infierno, contestó Cascarones, y no hay que decirme que no, que todavía me están zumbando en los oidos los venablos; me parece que oigo el estruendo de la pelea y el son de los clarines y el alarido de los que caian, el relinchar de los caballos y el crujir de las armas, como que esto ha sido la fin del mundo.

—Pero, señor, exclamó el rico hombre de Velilla: ¿cómo puede ser eso, si no hay en el pueblo un solo difunto, ni un solo herido, ni se ve por el suelo una gota de sangre?

—¿Y cómo quereis ver nada de eso, contestó Cascarones, si está oscuro?

—Tambien es verdad, dijo el alcalde; sabe Dios la carnicería que habrá quedado por esas calles: con que á buscar luces, si es que los vecinos, como yo he mandado, se han traído las llaves de sus casas.

Poco despues, no se veian mas que luces aquí y allá por el pueblo, pero inutilmente se buscó ninguna señal del combate.

Esto no obstante, nadie pudo convencer á los vecinos de Velilla de Valderaduey de que no habian sido víctimas de una traicion y de que no se habia dado dentro de las tapias de su villa una récia y crudísima batalla, no se sabia por quién.

CAPITULO XII.

DE LO QUE PASÓ EN LA PUERTA DE SAN PEDRO DE MAYORGA MIENTRAS
LLEGABA DOÑA JUANA NUÑEZ DE LARA.

I.

Zancudo adelantó gran trecho de camino sin encontrar obstáculo alguno, y envió á uno de los ginetes á decir á doña Juana que podia adelantar sin cuidado.

Y así, enviándola de trecho en trecho un ginete, llegó hasta la puerta de San Pedro de la villa de Mayorga, que estaba abierta de par en par, y no con gran guarda, como si nada hubiera que temer.

—¿Qué es esto? dijo Zancudo al cabo de la guarda de la puerta: ¿tan de prisa se lleva el diablo á los aragoneses, que así tenemos abierta la villa, y entrando y saliendo gentes de ella como si tal cosa, y no se da el alto á la gente de armas que llega?

—¡Bah! contestó el cabo, los aragoneses son pan comido; hoy salió contra su campo, que está en Valdemorilla, el rico hombre Diego Ramirez de Cifuentes, con pocas lanzas y no mu-

chos mas peones, y se volvió sin tener con quién combatir, porque aquello dicen que mete miedo y lástima de verlo; ya se ve, como que Dios los castiga por haber venido á poner villanamente en aprieto á una tan buena reina como la nuestra; ¿pero no pasais, hidalgo?

—No por cierto; porque estoy esperando aquí á una muy noble señora, dama de la reina, que viene por asuntos particulares á Mayorga.

—¿Es decir que su señoría viene á la villa?

—Que una dama de la reina venga á Mayorga, no quiere decir que haya de venir la reina; su señoría se está en Valladolid, que es mas fuerte, esperando á que vayan á cercarla los portugueses, aunque estos señores se mirarán bien en lo que hacen, no sea que Dios les envíe la peste que los aniquile como á los aragoneses; la reina tiene muy buena estrella: cuando le faltan los hombres, y todo la combate, y sus enemigos se alegran porque creen que va á sucumbir, pelea por ella Dios.

—Ya lo estamos viendo en lo que Dios ha hecho con los de Aragon: ¿pero no quereis pasar á un aposentillo que yo tengo aquí cerca de la guarda? Vuestros soldados pueden entrar tambien, y quitarse del sol, que pica demasiado, bajo los soportales.

—Que me place, dijo Zancudo, además de que tengo sed y algo de apetito, y ya habrá por aquí alguna tabernilla de donde nos traigan de beber y de comer: ¿no os parece bien, amigo Zurdo? añadió dirigiéndose al herrador, del cual no se separaba, y que estaba en su cuartago con Jusepillo á la grupa.

—A mí me parece bien todo lo que decís, contestó el Zurdo, porque sois un hombre muy razonable.

—Ea, pues, adelante, dijo el cabo de la guarda, y quitémonos de este resistero.

—Adelante, amigos, dijo Zancudo á las cuatro lanzas que le quedaban, porque las otras cuatro habian ido sucesivamente á decir á la Palomilla que podia venir sin cuidado. Poneos á la sombra bajo los soportales, que allá os enviaré yo algo con que os entretengais; vos, Miguelo, veníos conmigo.

II.

Inmediatamente detrás de la arcada de la puerta, en medio de la cual se veía suspendido un fuerte rastrillo, había una pequeña plazuela, en la cual empezaban tres estrechas calles; dos, una á la derecha y otra á la izquierda, que correspondían á la ronda interior del muro y otra al frente.

Por la parte de adentro se veían dos fuertísimos cubos unidos sobre un arco por un lienzo de muralla almenado y con matacanes; á la derecha había una fuerte casa de piedra, almenada también, como formando parte de la defensa interior; en la parte baja de esta casa había unos anchos soportales, donde se guarecieron del sol, que verdaderamente era ardientísimo, los soldados de Zancudo; á la izquierda unas casuchas, en el piso bajo de una de las cuales estaba el aposento á que había invitado á que pasase á Zancudo, el cabo de la guarda; bajo los soportales había ocho ballesteros tendidos, durmiendo á pierna suelta, con las ballestas arrimadas á la pared; bajo la arcada y guarecido á la sombra de ella, un ballestero de guardia, con la ballesta entezada ó armada, que tan pronto estaba de pié, como paseaba ó se sentaba en uno de los largos poyos de piedra que se estendían á uno y otro lado de la arcada.

El servicio de centinela no era entonces tan rígido como ahora; además, en las almenas de la parte exterior de la puerta había otro vigilante.

La estrechez de aquella plazuela irregular, las dos torres de la puerta, las altas paredes de las casas, la soledad, el silencio, el calor, hacían de todo aquello un conjunto sombrío, árido, triste; no pasaba nadie; verdad es que se iba acercando la hora de la siesta y el sol era terrible.

III.

Echaron pié á tierra Zancudo, el Zurdo y Jusepillo, ataron los caballos á una reja de madera, y entraron en el aposento del cabo de la guarda, que no tenia mas mueble que una mesa en que habia un tintero y algunos pedazos de papel moreno y muy ordinario, como que se le podian contar los hilos, y un banco largo, negro y grasiento.

Zancudo se sentó junto á la mesa, y sin pedir permiso, tomó uno de aquellos pedazos de papel, y escribió lo siguiente:

«Señor caballero del Aguila Roja, mi capitan. Acabo de llegar de vuelta de Valladolid, y escribo en la guarda de la puerta de San Pedro, de la que no puedo moverme hasta que llegue cierta persona que conmigo desde Valladolid se ha venido, y que se interesa mucho por vuesa merced. No os digo ahora quién es esa persona, porque ella misma os lo dirá muy pronto; únicamente puedo decir á vuesa merced que tiene mucha fortuna, de lo que me alegro. Estoy con gran cuidado por la salud de vuesa merced, y envio con esta al buen Miguelo para que me traiga una contestacion. Guarde Dios y alivie á vuesa merced como lo han menester sus soldados.—Zancudo.»

—Miguelo, dijo Zancudo cerrando esta carta y entregándola al soldado, á ver si en dos trotadas llevais esta carta al capitan y volveis por el aire.

El soldado tomó la carta, revolvió su caballo y se metió al trote por la callejuela situada al frente de la puerta.

IV.

—Perdonad, amigo, dijo Zancudo dirigiéndose al cabo de la guarda, el que sin pedirnos venia os haya tomado papel y haya escrito; urgía y yo soy así, no guardo cumplimientos.

—Todo lo que hay aquí y mi persona es vuestro, dijo el cabo, porque desde que os he visto me habeis parecido bien.

—Muchas gracias, dijo Zancudo.

—A Dios sean dadas, contestó el cabo.

—Vos habeis sido fraile, saltó Zancudo.

—Sí y no, contestó el cabo, porque he sido lego de San Agustin, no aquí, sino en Valladolid; pero vi un dia á una dueña fresca y rolliza de veinticuatro años, que acababa de quedarse viuda; nos tropezamos, nos hablamos, supe que ella tenia alguna hacienda y que habia ido á un pleito á Valladolid; no conocia á nadie, la ofrecí valerla por los conocimientos de mi padre, que era un religioso grave de mucho respeto, y sirviéndola y tratándola y habiendo ella ganado el pleito por los buenos oficios de su paternidad, agradecida la mujer y enamorada quiso casarse conmigo, y como yo no tenia voto y era un motilon, pedí á su paternidad licencia, que me la concedió, y que luego nos echó las bendiciones y nos regaló, y con esto nos vinimos á Mayorga, de donde es mi mujer, y lo pasamos bien con su hacienda, y tenemos una tienda de mercería, y yo no soy soldado, sino que como nos cercaron los aragoneses y fué menester que todos arimáramos el hombro por nuestra buena reina y por el rey nuestro señor, que no tienen quien los valga si sus vasallos los abandonan, me puse al cinto una espada y cogí la ballesta, y como tengo algo qué, y pago buena martiniega † y buenas tercias, me hicieron alférez de las milicias de la comunidad, y aquí me teneis, que me he dado mas de tres veces de porrazos con los aragoneses, y que ahora que ha pasado ya el susto, porque los aragoneses se mueren, estoy guardando tranquilamente la puerta de San Pedro por si acaso, que en verdad en verdad, ya no hay cuidado. ¡Y á mí que me parece que os he visto alguna vez revuelto á lanzadas con los de Aragon!

—¡Alguna vez! ¡bah! no tiene nada de estraño que solo me hayais visto alguna vez, porque vos no habeis estado mucho entre los aragoneses.

† Tributo que se pagaba por San Martin.

—Mas de lo que hubiera querido, porque en verdad, mercader á tu mercadería, y el que la arma que la desarme, si bien es cierto que cuando la patria está en peligro, todo hombre honrado debe arrimar el hombro para que la patria no se caiga. Y mirad, aunque yo nunca he sido soldado, no soy de los que mas se espavientan; y dadme á mí que ahora vinieran enemigos sobre la puerta y veríais lo que yo tardaba en alzar el puente y en calar el rastrillo y en defenderme á ballestazos desde las almenas, y garras habia de tener el que por la puerta se me metiera, que cuando hay que servir á la patria, eso sí, los ratones se vuelven leones y los leones rayos.

—Todo eso está muy bien, dijo Zancudo, y á mí me parece excelente, pero tengo tambien una escelentísima hambre y una escelentísima sed: echadme para acá uno de esos ballesteros que están ahí roncando, á fin de que nos traiga una quisicosa, así como un pellejo de vino, una espuerta de pan y una carga de tasajo, que tripas llevan piés y no piés tripas.

Sacó el alférez de las milicias de la comunidad un silbato de hoja de lata, y soltó un silbido largo y agudo, á cuyo son se pusieron de pié, como movidos por una máquina, todos los ballesteros que un poco antes yacian bajo el soportal; se apoderaron de sus ballestas, las armaron, y se fueron á la carrera á cubrir la puerta.

—Mirad si los tengo bien enseñados, dijo el alférez miliciano; en oyendo mi pito, allá van como rehiletos á ponerse enfrente del enemigo.

—Ya, ya lo veo, dijo socarronamente el alférez bachiller; todo eso está muy bien, pero el enemigo que hay que combatir aquí es el estómago, y contra ese no valen ballestas. ¡A ver, añadió con voz potente, aquí un balletero!

Como todos lo oyeron, y eran ballesteros todos, todos se fueron á la puerta del aposento.

—A ver tú, chato, dijo Zancudo á uno que tenia las narices roidas; la jara en la venablera, la ballesta al hombro, y entra; los otros á dormir.

Obedecieron los ballesteros de igual modo que si su jefe los

hubiera mandado, lo que queria decir que obedecian á todo el mundo.

Fuéronse los que sobraban, y quedóse el chato, que adelantó sonriendo de una manera candorosa, y dejando ver tras su enorme boca, una dentadura rala y aguda.

—Toma, dijo Zancudo dándole una dobla de oro de la Banda, á cuya vista se le encandilaron los ojos, no solamente al ballestero, sino al alférez de las milicias; á tu buen entendimiento dejo la distribucion de esta moneda, que vale, si no lo sabes bien, treinta y nueve maravedises viejos; truécala por vino, pan y cecina; vamos á ver qué es lo que te se ocurre á tí en cuanto á la distribucion.

—¡Toma! pues eso está claro, dijo el chato, mitad por mitad vino; de lo otro, las dos partes, cecina, y la otra parte, pan.

—Muchacho, tú has conocido á Salomon, y te doy por hábil; me parece que te entrecujo yo á tí para convertirte de ballestero del comun, en hombre de armas de la famosa compañía franca de los Hermanos de la Selva; pero anda, anda, que eso ya lo trataremos despues.

El ballestero, se fué dando vueltas en los dedos á la dobla de la Banda, que no cesaba de mirar con codicia.

—¿Con que vos sois, dijo el alférez de las milicias, uno de esos fieros ginetes de la compañía del caballero del Aguila Roja?

—Soy, respondió todo hinchado Zancudo, como quien no dice la cosa, alférez de la compañía.

Figurémonos que está hablando un bigotudo alférez de coraceros, con un alférez de blanquillos de la milicia nacional, y hallaremos la situacion respectiva en que se encontraban colocados los dos interlocutores.

Zancudo era todo soberbia y todo desden, y el alférez de las milicias, todo humildad y todo encogimiento.

—Vaya, vaya, dijo, y qué bien que habeis batido el cobre los de la compañía franca.

—Si algo hay que á mí me irrite, dijo Zancudo, es que la peste negra haya tomado por su cuenta á los aragones, porque así van á decir esos fanfarrones que no hemos sido nosotros los

que los hemos vencido, sino Dios, y sabe bien Dios que sin que la peste negra hubiera caído sobre ellos, ya éramos nosotros, los de la compañía franca, bastante peste para que de día en día se hubiesen ido quedando tamañitos, y no quedára por fin uno para contarle; pero lo que Dios hace, está bien hecho, y hay que tener paciencia. ¡Y qué se dice de esos perdonavidas?

—¡Callad, señor alférez, callad, que da compasion! contestó el miliciano: toda esta mañana no han hecho mas que salir frailes, porque aquello anda muy malo: hasta ahora la peste habia respetado á los ricos hombres y á los próceres aragoneses, pero ya no respeta á nadie: dicen que el infante don Pedro está muy malo: que no puede decirse que andan de pié y medio sí y medio no, mas que don Gimeno de Urrea, el infante don Juan y el infante don Alfonso.

—¡Lástima que no los partiese un rayo! Pero esto es cosa fuerte, señor, se les tiene ahí amilanados, y á nadie se le ha ocurrido ir á prender á los tres infantes y á los ricos hombres de Aragon, que están en la hueste; pero nunca es tarde para obrar bien; en cuanto llegue la persona á quien vengo precediendo y visite á mi capitan, y le estreche la mano, hago sonar las trompas en mi campo, junto á mis buenos ginetes, me voy sobre Valdemorilla, y al que no esté apestado, le cojo y me le traigo atado á la cola del caballo, que la peste mata á los pelaires, á los pobres, pero nunca se mete con los caudillos, eso está probado. Pero ¡diablo! aquí está el chato, con tres ganapanes que no pueden con lo que traen: si no hay cosa mas socorrida que una dobla de la Banda.

V.

En efecto, estaba allí el chato con seis tazas grandes en la mano, metidas la una dentro de la otra.

Detrás de él venian tres hombres cargados, el uno con un

pellejo de vino, el otro con una espuerta con cecina, el tercero con una espuerta de pan.

Púsose todo aquello en el aposento, llamó el de las milicias á los suyos, y á los suyos Zancudo, dióles su racion, echóles vino en un cántaro que encontraron á mano, y fuéronse todos bajo los soportales á comer y á beber.

En aquel punto llegó Miguelo.

VI.

—El capitan, dijo, está tan mejor, que habla y dejan que todo el mundo le vea, y aquello está hecho una romería de soldados de todas partes, y dice el capitan que dentro de quince dias monta á caballo, y que si no se han ido los aragoneses, que los echa, y el Sin nombre os da las gracias por lo bien que habeis cumplido lo que se os encomendó, y el capitan os espera cuanto antes, y esto es todo; y venga mi racion, que allá los veo comiendo y bebiendo.

Dió Zancudo medio pan, un enorme pedazo de cecina á Miguelo, y este se fué con los compañeros.

Pero aún no habian acabado de engullir lo que se les habia dado, cuando un largo sonido de trompetas que venia de la parte del camino, puso en alarma á los guardas de la puerta, pero no á Zancudo, que conoció que aquellas trompas eran las de la gente de doña Juana.

—¡Ténganse todos! dijo Zancudo, y dejen quietos el puente y el rastrillo, que con el mucho uso se ponen viejos, que esa que viene, aunque gente de guerra, viene muy de paz, porque es la guarda de la ilustre señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, esposa del infante don Enrique el Senador, tutor del rey: hágasela, pues, la honra que la corresponde, y no haya temores.

Esta noticia cambió la situacion de ánimo de los guardas de la puerta, que se tendieron en ala bajo la arcada, con las ballestas al hombro.

Zancudo cabalgó, haciendo cabalgar al Zurdo y á Jusepillo, de los cuales no se separaba un punto.

Cabalgaron los ocho hombres de armas, y todos salieron al encuentro de doña Juana, que estaba ya próxima.

VII.

—Gracias, alférez, dijo doña Juana á Zancudo: hemos hecho muy buen viaje: aquí me considero en seguridad: ¿qué noticias teneis de vuestro capitan?

—Que va tan bien, que se propone embestir dentro de quince dias con los aragoneses, si es que dentro de quince dias hay aragoneses por el mundo.

—¡Oh! me alegro, me alegro, dijo doña Juana sonriendo con toda su alma: vamos á buscar una buena posada.

—Mejor posada que mi casa, señora, que está en la plaza del Mercado, y es grande y capaz, dijo el alférez de las milicias, no la encontrará en toda la villa vuesa merced, como no se vaya al castillo, que es feo é incómodo.

—Pues vóime á vuestra casa, contestó la Palomilla: guiad.

—Yo no puedo moverme de aquí, porque estoy de guarda, señora, contestó el alférez; pero irá uno de los mios.

Y llamando á uno de los ballesteros de las milicias, le mandó guiase á la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara.

Despues de esto y de recibir los honores de su clase, doña Juana, con su acompañamiento, se internó por la poblacion.

CAPITULO XIII.

EN QUE EL AUTOR SIGUE COMO PUEDE SU RELATO.

I.

Era ya muy entrada la hora de la siesta, y el calor se habia hecho intenso, cuando doña Juana llegó á la plaza del Mercado y á la tienda de mercería de Lucas Satorres, que así se llamaba el alférez de las milicias de la villa.

Una rolliza mujer, como de veintiseis años, amamantaba un robusto niño detrás del mostrador, que daba á la misma calle, dejando solo una estrecha entrada para la tienda.

Maravillóse al ver tanto boato delante de su casa, y fué necesario que el ballestero chato, á quien habia enviado Lucas Satorres, dijese á la señora María Bárbara, que su marido habia dicho que aquella señora infanta iba á aposentarse á su casa.

La hermosura, las galas, el gran acompañamiento de doña Juana, afectaron de tal manera á María Bárbara, al saber que

toda aquella grandeza iba á parar á su casa, que se echó á temblar como una azogada.

Dejó á su niño en la cuna, salió toda asustada, y fué á ponerse de rodillas junto á la hacanea de la infanta, porque para ella, infanta y reina eran una misma cosa, y no se le figuró sino que la mismísima reina de Castilla iba á parar á su casa, lo que no hubiera tenido nada de estraño, porque la sencilla doña María de Molina entraba en todas partes, por humildes que fuesen, y se encontraba tal vez mejor en una casa pobre, llena por la lealtad, que en la ostentosa cámara de un alcázar, inficionada por la traicion.

II.

—Alzad, alzad, buena mujer, exclamó vivamente doña Juana, que á los infantes no se les dobla la rodilla ni se les besa la mano; pero me haríais placer en ayudarme á bajar.

Alzóse la paisana toda conmovida, toda encendida, toda asombro, estendió los robustos brazos, y doña Juana, dejándose caer sobre ellos, se puso en tierra, entrándose en la tienda y mandando quedase con ella parte de su servidumbre, y que la demás y las lanzas se fuesen á una posada.

III.

Dióle un brinco el corazon de contento á Zancudo al verse libre.

Podia ir á ver á su capitán, llevarle noticias de la córte, y tal vez, tal vez alcanzar del Sin nombre que, con la compañía, fuese á apoderarse de los tres infantes enemigos de la reina.

A mas de eso, necesitaba llevar al campo y tener algunos

días detenido, y en seguridad, para que se acostumbrase al sitio, al Zurdo.

En cuanto á Jusepillo, ni importaba gran cosa á Zancudo, ni era de presumir se fuese, no yéndose su maestro.

En cuatro zancadas de su corcel, seguido del Zurdo únicamente, porque los hombres de armas, como que eran de doña Juana, se habian ido á la posada, plantóse Zancudo en el castillo, cuya puerta no estaba tan franca como la de San Pedro de la villa.

Estaba alzado el puente, y por las almenas de la puerta se paseaba un ballestero, no de las milicias, sino del ejército real, y tan buen soldado, que en cuanto vió un hombre de armas junto á la poterna de la barbacana, se tiró la ballesta á la cara, y dió el alto.

Dióse á reconocer Zancudo, bajóse el puente, y no sin algunas formalidades, nuestro alférez pudo penetrar en la fortaleza.

Recibiéronle con regocijo y con curiosidad, como que iba de Valladolid, y debia llevar noticias frescas.

—Lo que habia por allí cuando yo llegué, dijo Zancudo, era mucho miedo, como que el rey y la reina se habian ido á San Pablo á rezarle al Santísimo Cristo de los Desamparados, de donde salian cuando yo llegué, segun me dijeron en la posada adonde fuí á hospedarme despues, y la reina me llamó caballero, señor García Fernandez de Villamayor; con que ya veis, con este poderoso brazo que Dios me ha dado, y con este corazon que me late debajo del coselete, y con esta cabeza mia para idear buenas cosas, y con el latin que sé, dentro de cuatro dias soy rico hombre como vos; y que yo no me pararé donde vos os habeis parado, que no teneis mas que una aldehuela que se llama villa, que lo que es yo, he de ser señor de gran señorío, y que me echen á mí aragoneses y franceses y navarros, y todos cuantos pícaros haya y por haber, y ya vereis, ya vereis si á mí me atajan en el camino.

—Dios lo haga como lo deseais, dijo el rico hombre Villamayor, que era un buen caballero; pero ya que os he dejado hablar, dadme mas nuevas de Valladolid.

—¿Y qué nuevas quereis que os dé, sino que así que la reina supo que los aragoneses no podian hacer nada, porque estaban apestados, se volvió á meter en la iglesia para rezar por ellos?

—Buena reina, corazon de oro que hasta por sus enemigos ruega! dijo conmovido el rico hombre.

—Porque su señoría no los ha visto de cerca, ni sabe lo perros que son, ni lo bien que sacuden.

—No queráis ser vos mas valiente que su señoría, alférez, contestó el rico hombre, que ya la reina ha visto de cerca las lanzas, y ha oido mas de una vez el zumbiar de los venablos, y la ha cercado por todas partes el combate; y con ser mujer, ni ha palidecido, ni temblado, por mas que se le haya llenado de amargura el corazon al ver hacerse pedazos sus vasallos, los unos contra los otros. ¿Y quién está con la reina?

—Don Diego Lopez de Haro.

—¿Y quién mas?

—Don Diego Lopez de Haro.

—¿Cómo! ¿y los Laras?

—No parecen por el mundo.

—¿Y el infante don Enrique?

—Se ha ido á Granada esta misma noche, y su mujer se ha venido á Mayorga.

—¿Cómo! ¿que está aquí doña Juana Nuñez de Lara?

—Sí señor; acabo de dejarla aposentada en la plaza del Mercado, casa del mercero Lucas Satorres.

—¿Y por qué no se ha venido su merced al castillo? ¿No sabe que esta fortaleza es un alcázar?

—Sí que lo sabe; pero á la cuenta, quiere estar mas ancha.

—¿La envió la reina?

—No señor: doña Juana viene á cosa suya. Ea, y perdonadme, señor García Fernandez de Villamayor, que yo me voy á hablar un poco con mi capitan, y en seguida á mi campo, á ver si le levanto y cojo á los tres infantes enemigos.

—¿Bah! ya estuvo allí esta mañana mi compañero Diego Ramirez de Cifuentes, y de lástima se ha vuelto, porque allí, en

vez de lanzas, es menester llevar la Eucaristía y el Santo Óleo.

—Pues iré yo, que no entiendo de lástimas, y veremos lo que les llevo: tengo tal hambre de aragoneses, que soy capaz de comer su carne cruda: ¡villanos! venirse así contra nosotros braveando espeso como los dedos de las manos, creyendo que se iban á llevar á Castilla por delante. Duro, duro, señor García Fernandez: á los que no mate la peste se les machaca, y se queda uno tan descansado, como si hubiera comido y bebido bien. Con que que Dios os guarde. Echad detrás de mí, Zurdo, con vuestro paje: voy á presentaros á mi capitán.

El Zurdo se habia acostumbrado ya á las cosas de Zancudo: le seguia como un cordero, y hasta le habia tomado cariño.

IV.

Metiéronse por unas anchas escaleras que correspondian á la parte del castillo, que era alcázar, porque entonces, en toda villa de alguna importancia que tenia fortaleza, habia algo que podia llamarse palacio.

Desembocaron en una gran crujía gótica, al fin de la cual, delante de una puerta, y guardándola, estaba un hombre de armas de la compañía franca.

En aquella estancia estaba Zayda Fatima.

El guarda no puso obstáculo al paso de Zancudo, pero cruzó su espada cuando fué á pasar el Zurdo.

—¿Qué haceis, Illescas? dijo Zancudo al guarda: ¿pues no sabeis que este hombre honrado es mi sombra, y que va pegado á mi cuerpo, ni mas ni menos que mi sobrevesta? déjele pasar con su cria, que son un par de buenos mozos.

—Pero en nada comparable el uno á una jumenta, señor alférez, contestó el Zurdo.

—¿Pues qué quereis que llame sino vuestra cria á vuestro aprendiz, maestro? contestó Zancudo atravesando con su presa,

que así podía llamársela, una pequeña antecámara desguarnecida.

V.

Entraron luego en una cámara medianamente amueblada, en la cual había un lecho.

En aquel lecho estaba Zayda Fatima.

Junto al lecho, de pié, tres personas.

Era la una el caballero Sin nombre, que conservaba siempre su antifaz, y que entonces vestía el hábito de benedictino: las otras dos, don Tobías, maestro de curar ó físico de la compañía, y un jóven que le servía de ayudante.

Acababan de curar á Zayda Fatima la herida de la cabeza.

Cuando se la curaban las otras heridas, don Tobías suprimía el ayudante, y se quedaba solo con el caballero Sin nombre.

Las heridas del pecho de Zayda Fatima habian revelado al médico hebreo que el caballero del Aguila Roja era mujer; pero se habia comprometido á guardar el secreto, y á pesar de que los hebreos son gente en cuya fé hay poco que fiar, don Tobías habia hecho honor á su juramento.

Nadie habia sabido por él el sexo del capitán.

VI.

Zayda Fatima vió á Zancudo y apareció en su semblante una espresion de impaciencia.

—¿Qué noticias traéis, alférez? exclamó.

—Ante todo, dijo Zancudo, ¿se puede tener con su merced una larga conversacion?

—Sí señor, contestó el médico: ha pasado completamente el peligro, y no hay fiebre.

—Pues entonces, perdonadme, señor caballero Sin nombre, y vos, señor físico; pero necesito hablar secretamente con mi capitán.

—En buen hora, dijo el conde don Lope levantándose: puesto que hemos concluido ya, salgamos, don Tobías.

Zayda Fatima y Zancudo quedaron solos.

VII.

—¡Poder de Dios, dijo Zancudo, y qué hermoso que estais, capitán! con la palidez de la sangre que habeis perdido, habeis ganado en belleza: no es estraño que haya quien se esté muriendo por vuesa merced: lástima que echeis barbas, porque no vais á parecer lo mismo: yo estaba mucho mejor antes de dejarme esta pelambrera, entre la cual se pueden cazar jabalíes.

—Charlatan venís y al parecer contento, dijo Zayda Fatima: ¿qué ha acontecido?

—Acontecer nada, si no que la reina ha sentido mucho lo que os sucede, y se ha alegrado del triunfo, aunque ha sentido la manera de alcanzarlo, porque se ha ido á rezar por los apesados; vea vuesa merced, cuando yo les echaria encima demonios encendidos.

—La reina no es como vos.

—Pues ese es el mal, dijo Zancudo, que si la reina además de ser lo que es, fuera lo que yo soy, no hubiera ya dejado títere con cabeza, y estaríamos en paz y en gracia de Dios y no con estos escándalos que son vergonzosos.

—¿Pero por qué os habeis quedado á solas conmigo? ¿Qué teneis que decirme reservadamente? ¿Os ha dado la reina alguna carta para mí?

—No señor, la reina no me ha dado nada, porque en cuanto

supo que estaban apestados esos malditos, se entró á rezar por ellos: ¡cien rayos! mire vuesa merced, rezar por los enemigos: en fin, puede ser que la reina me hubiera dado algo si yo me hubiera estado ayer en Valladolid, pero no me estuve.

—¿Y por qué no os estuvisteis? dijo severamente Zayda Fatima; ¿quién os mandó venir?

—Nadie; heme venido yo, contestó algo cortado Zancudo.

—¡Ah! os habeis venido sin respuesta de la reina, como yo os lo mandé. Parece que voy á hacer un escarmiento con vos, Zancudo. ¿No sabeis que yo no sufro desobediencias, que las castigo á sangre?

—Lo sé, señor infante, lo sé (aunque no se sabia de dónde, todos sus soldados conocian por infante á Zayda Fatima, aunque usaban muy poco de este calificativo); pero si yo me vine no fué por gusto mio, sino por servir á vuesa merced, porque como en cuanto yo dije á la reina que los aragoneses habian levantado el cerco, su señoría me llamó caballero, queria yo ir al Alcázar á ver á la reina para que me hiciese bueno lo de la caballería; porque ¡á qué estamos si no á crecer y á medrar, ni quién se metería á cada paso á que le rompiesen la cabeza, si no esperase una buena recompensa? Pero es el caso que fué á buscarme de parte de su señora á mi posada un paje de la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, y me llevó á su casa y hablé con la infanta, que me dijo que queria venirse al amanecer á Mayorga.

—¿Y á qué queria venir á Mayorga doña Juana Nuñez? preguntó Zayda Fatima. ¿Querrán los Laras revolvernos la villa?

—Lo que quiere doña Juana es revolver á vuesa merced.

—¡A mí!

—Vuesa merced tiene una suerte que da envidia; cuidado si es hermosa, hermosota, rica, la señora infanta, y que no llega á los veinte años, una diosa; pues toda esa divinidad, toda esa Venus está perdidamente enamorada de vuesa merced desde la noche que le vió en nuestro campo de Valladolid, y yo dije para mí, el infante don Enrique está viejo, anda allá por la frontera de Granada, y mucho será que á pesar de los tratos que trae con los moros, como no puede hacerlos, no le den un dia un por-

razo que le dejen seco; pues mira tú ahí, me dije, que la señora infanta se queda viuda y se casa con mi capitán: agárrome á la ocasion, con la infanta me voy, es menester que mi capitán sepa lo que pasa antes que llegue, para que esté sobre aviso y acabe de volverla loca.

—Habeis caído en una equivocacion grosera, señor Zancudo, y habeis acabado de disgustarme, dijo Zayda Fatima.

—¡Equivocacion grosera! exclamó Zancudo un poco picado: ¿amareis acaso á otra?

—Eso no os importa á vos, exclamó Zayda Fatima un tanto irritada por el acento singular que habia dado á sus últimas palabras Zancudo, acento en que se veia clara por un no sé qué, la sospecha de que el caballero del Aguila Roja estuviera enamorado de una alta persona; sin embargo, para evitar juicios temerarios, sabed que yo no amo á nadie, porque tengo hecho voto de castidad.

—¡Cáspita! perdone vuesa merced, que no habia yo podido figurarme tanto. ¿Y qué va á ser de doña Juana Nuñez de Lara? ¡Pobre señora!

—Callaos, que puede ser que me convengan esos amores, dijo Zayda Fatima.

—Si me castigais á sangre como me habeis amenazado, saltó Zancudo agarrándose á la palabra, harto callaré.

—Os perdono, en gracia á que todo, aunque al revés, lo habeis hecho con buena intencion: pero decidme: ¿cómo está su señoría? ¿está triste, desconfiada?

—Su señoría confia en Dios, á lo que he visto, porque va rezando de iglesia en iglesia con el rey; yo la encontré cuando salia de San Pablo de rezar al Santísimo Cristo de los Desamparados.

—¡Y que al Padre de los Desamparados se vea obligada á ir, ella que es madre de todos los que no tienen amparo! Dios es misterioso é incomprendible, cuando permite que una tan buena señora se vea en tales tribulaciones. ¿Y qué dicen los de Valladolid?

—Cuando yo llegué habia mucha gente y todos aclamaban

á grito herido á la reina: pero ¿quién fia? el *pópulo bárbaro* aclama todo lo que reluce: ¡lanzas y mas lanzas! ¡sangre y esterminio! no hay que fiar en aclamaciones; en cortándoles á todos los enemigos las cabezas, se puede dormir tranquilo: no, si no, ándese vuesa merced con blanduras con esta gente que está á la que salta, y que son capaces de tragarse al *sursum cordam* si les va en ello dos maravedises: ¡rayos y truenos!

—Ya sabeis que no me gusta que voteis, Zancudo, que estais muy mal educado y se os va la lengua.

—Perdone vuesa merced, que se me habia olvidado que es menester hablarle como quien habla con una doncella: perdóneme vuesa merced, pero no puedo irme de la mano; digo todo lo que tengo sobre el corazon, y como el corazon es un tonto, es muy posible que diga sandeces: vaya si estaba yo temblando de hablar mucho con la reina, de miedo que se me fuera alguna tontería; porque como es tan llana y alienta tanto á los que con ella hablan, le parece á uno que está hablando con su madre, y allá va eso.

—La reina es muy buena y lo que quiere son corazones leales, lo demás importa poco. Pero ya que conoceis vuestro flaco, refrenaos como refrenais á vuestro corcel para que no os meta en mala parte, y bueno es que el hombre conozca de qué pié cojea, por que así está cerca de la enmienda.

—Verdad es eso, pero condicion y figura hasta la sepultura, y así me echó á mí al mundo mi madre, y así he de morir: y si por mi franqueza me sucede alguna cosa mala, no habrá mas que tener paciencia y aguantarse por Dios; pero en fin, la verdad del caso es que su señoría está muy apurada, que el nublado se le viene encima, y que yo para ver si descargo un poco ese nublado, voy, si me dais licencia, á levantar nuestro campo y á irme sobre el de los aragoneses á ver si cojo á los infantes don Juan, don Pedro y don Alfonso, que como los coja, ya haré yo que se arme un revoltillo en el que se queden alanceados como toros, que perro muerto no muerde, y esa es la verdad, y todo lo demás es andarse por las orillas.

—Id, dijo Zayda Fatima, y si lograis lo que intentais, yo

haré que la reina os haga tanto como nunca habeis podido soñar.

—Pues á la mano de Dios, y no me detengo ni un momento, señor, que todavía queda la tarde entera, y anochece tarde y se puede hacer mucho.

Y Zancudo salió, recogiendo en la antecámara al Zurdo y su satélite.

—¿Y no me presentais á vuestro capitan? dijo el Zurdo.

—Al nuestro direis.

—Es verdad, al nuestro: ¿pero por qué no me presentais á él?

—Porque ahora no viene á pelo; otro dia: vámonos á nuestro campo, y cuando esteis en él, vereis que nunca habeis visto otro campo mejor guardado.

Y Zancudo salió con el herrador, que podía llamarse su prisionero.

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido
—Pues a la mano de Dios y no me detengo en un momento
—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

—¿Por qué la reina se haya tanto como gustas habiendo podido

nos han matado mas de doscientos hombres, porque todos los dias hemos andado con las manos en la masa.

—Mucho dinero deba de tener vuestro capitán, dijo el Zurdo.

—Dad, esclavo Zancudo: otra vez vuestro capitán, nuestro capitán diréis.

—Pues echad memoria, pero es la falta de costumbres, dijo el Zurdo.

CAPITULO XIV.

que ya se os han refrendado los cascos dijo Zancudo, que crecia en autoridad respecto al Zurdo, á medida que se acercaba al campamento.

—No volvere á olvidarlo, dijo pacientemente el Zurdo; pues como decia, nuestro capitán debe ser respetado con el honor y la gloria.

Y —¿Por qué echamos Zancudo como que es infante y niño?

DE CÓMO LA MANO DE DIOS DESBARATÓ LOS AMBICIOSOS PROYECTOS

DE ZANCUDO.

—No señor, es en el honor de vuestro capitán, dijo el Zurdo.

—Pues echad memoria, dijo Zancudo, que crecia en autoridad respecto al Zurdo, á medida que se acercaba al campamento.

—No volvere á olvidarlo, dijo pacientemente el Zurdo; pues como decia, nuestro capitán debe ser respetado con el honor y la gloria.

I.

—El lo sabe y á nadie le dicen á nosotros para tratarle con la reverencia debida, nos basta con saber que es infante, y andad.

Zancudo salió de Mayorga, y tomando el camino real, seguido siempre del Zurdo, que llevaba siempre á la grupa á Jussepillo, se puso en muy poco tiempo junto á la aldea de Mandiel, tomando luego por un camino de traviesa hácia una eminencia inmediata, en la cual se veia un campamento.

—Mirad, mirad desde aquí, Zurdo, dijo Zancudo señalando aquel campo; mirad si puede haber nada mejor hecho ni mejor ordenado, cava profunda, estacada fuerte, puente levadizo, y mirad luego las barracas, qué bien enfiladas y qué bien distribuidas en cuarteles: ya, ya vereis cuando esteis dentro.

—¿Y cuánta gente sois? dijo el Zurdo.

—Cuando llegamos á Mayorga desde Medina del Campo, éramos trescientos; pero hoy somos quinientos, y cuenta que

nos han matado mas de doscientos hombres, porque todos los dias hemos andado con las manos en la masa.

—Mucho dinero debe de tener vuestro capitan, dijo el Zurdo.

—Dále, exclamó Zancudo: otra vez vuestro capitan; nuestro capitan direis.

—Perdonad, pero es la falta de costumbre.

—Pues echad memoria, hermano, echad memoria, si no es que ya se os han reblandecido los cascots, dijo Zancudo, que crecia en autoridad respecto al Zurdo, á medida que se acercaba al campamento.

—No volveré á olvidarlo, dijo pacientemente el Zurdo: pues, como decia, nuestro capitan debe ser riquísimo.

—¡Uf! exclamó Zancudo: como que es infante.

—¿Infante de Castilla?

—No señor.

—¿De Aragon?

—Tampoco.

—¿De Portugal?

—Menos.

—Pues entonces, ¿de dónde es infante nuestro capitan?

—Él lo sabe y á nadie lo dice: á nosotros, para tratarle con la reverencia debida, nos basta con saber que es infante, y aunque no lo fuera, bastaria para respetarle con lo que por sí mismo vale; porque mirad, que mozo imberbe como es, que ya le vereis, y hermoso y delicado al parecer como una dama, no hay en la compañía quien en lo bravo le aventaje, á pesar de que en la compañía hay leones. Pero picad, picad, y no os quedeis tan atrás, Zurdo.

—Es que el cuartago está cansado de la jornada y de la doble carga, y no es ya muy mozo.

—Pues poco le falta para descansar, porque ved, ya estamos casi tocando el campo.

II.

En efecto, estaban ya á dos tiros de ballesta del campamento.

Zancudo espoloneó á su caballo, que partió.

El Zurdo quiso que el cuartago partiera del mismo modo, y le arrimó los talones, porque no llevaba espuelas, pero en mal hora, porque el bicho, al hacer un esfuerzo, tropezó y cayó, estropeando á sus dos ginetes.

Zancudo volvió la cara atrás á ver si le seguia el Zurdo, y al ver que este se levantaba apretándose los riñones, haciendo gestos y dando alaridos, y que Jusepillo no se movia, exclamó:

—Cuando me decia yo que os habia de suceder algo antes de llegar á puerto de seguridad, porque venís de mala gana.

Y tras estas palabras se llevó la bocina á los labios y la hizo sonar por tres veces poderosamente, á cuyo sonido se abrió la poterna del campo, se bajó el puente, y acudieron presurosos algunos soldados que habian conocido el toque.

III.

—A ver si me recogeis esos dos atunes, dijo Zancudo cuando hubieron llegado los soldados, y que los curen; pero mantenédlos presos hasta nueva orden mia, que importa que no se vayan: recoged ese rocin y cuidad de él.

Y despues de estas palabras, Zancudo partió al galope, y á poco, arremetia por el puente, entraba en el campo, y no paraba hasta el centro de él, junto á la magnífica tienda de Zayda Fatima.

Una vez allí, desmontó, entregó su caballo á un soldado para que le tuviese, y produjo con su bocina un toque de mando.

Apenas sonó este toque, cuando se notó en el campo un gran movimiento.

Todos los soldados se armaban.

Cuando estuvieron armados los ginetes, fueron á las barracas, donde tenian los caballos, y los ballesteros se formaron en cuatro hileras á un lado del camino, por donde se llegaba desde la poterna á la tienda de Zayda Fatima.

Poco despues, los ginetes formaban al otro lado del camino un escuadron cerrado.

Entonces, Zancudo entró en la tienda, tomó el estandarte que estaba en un astillero, salió, montó á caballo, y se puso entre los ballesteros y los ginetes.

—A Valdemorilla nos vamos, hijos, gritó: allí están con los aragoneses los tres infantes, don Juan, don Pedro y don Alfonso: por apestados que estén los enemigos, todavía les quedan doscientas buenas lanzas y cuatrocientos ó quinientos buenos ballesteros que ponernos enfrente: con que á ver si nos portamos como quienes somos: yo necesito prender á los infantes para quitar tres formidables enemigos á nuestra buena reina: con que detrás de mí todos, y cuenta con que uno solo vuelva las espaldas al enemigo, porque si de él escapa, no escapa de mí y no os digo más, porque no es necesario deciros tanto: en marcha, y á Valdemorilla.

Y rompió el primero hácia la poterna.

Tras él siguieron las lanzas, que eran unas doscientas, y tras las lanzas los ballesteros, que llegaban á trescientos.

En el campo no quedó mas que la guarda necesaria.

IV.

—Si prendo á los infantes, iba diciendo para sí Zancudo, hago una hazaña tal, que á la fuerza la reina ha de agradecerme, y lo menos, lo menos que me dá, es una villa, sobre la cual me titulo. ¿Y qué título me pondré yo? ¿Pues cuál ha de

ser, sino conde de los infantes, en conmemoracion de la hazaña? ¿Y qué armas me dará la reina? Pues claró está: un leon de gules rampante, con un infante en cada garra y otro en la boca, y tres coronas de infante en el campo, dos sobre el leon, y otra en la punta del escudo; todo esto sobre campo de plata: pero no puede ser metal sobre metal, y del campo de plata, hay que quitar las coronas de infante; pero le pondremos orla al escudo, y en la orla, sobre azur, que significa lealtad, las tres coronas pasadas por una cadena de oro que dé vuelta al escudo; los lambrequines de oro, azur y gules. Perfectamente: hé aquí á un hombre, á un pobre alférez, á un bachiller que ha ahorcado al derecho canónico y civil, para seguir el derecho militar, convertido dentro de poco en un rico hombre infanzon, si no de natura, de merecimientos: infanzones de natura lo serán mis hijos, que heredarán mi nobleza, porque yo necesito casarme, necesito tener hijos que perpetuen mi título: á mas de eso, que me está haciendo cosquillas, y no me olvido de ella; Cinta, la hermosísima doncella de doña Juana Nuñez de Lara. ¿Si estará enamorada ya? No, no señor, no es como su ama: entiendo yo mucho de mujeres; esa chica no ha querido á nadie todavía, y me miraba con aficion: como que soy yo todo un buen mozo, y me sientan muy bien mis arreos de soldado. ¡Qué! si se iba tras de mí como un perro, allá en el Páramo de la Mudarra: ¿si conoceré yo cuando una mujer se me aficiona? pues señor, Cinta será rica hembra y madre de mis hijos. ¿Qué importa que yo sea hijo de las malvas? en mí empezará mi linaje, y vale mucho mas empezarle que acabarle. ¡Bendita sea la hora, Melchor, en que tú te diste tanta prisa á gastar lo que tu tio te dejó, por que así te has visto soldado, y has entrado en tu elemento!

Y Zancudo, delante de su escuadron, y al paso, para no fatigar á los caballos de una parte, y de otra, porque no se quedasen atrás los ballesteros, siguió con la cabeza inclinada sobre el pecho, y abismado en sus ambiciosas meditaciones.

V.

Sacóle de improviso de su abstraccion clamor de campanas.

Eran las del cercano pueblo de Valdemorilla, que doblaban lúgubremente, tañendo, no ha muerto, sino á agonía, porque en otros tiempos habia este toque lúgubre de mas, y aún suele usarse en pueblos muy atrasados por tradicion, porque España, dígase lo que se quiera, es el país de las tradiciones.

VI.

—¡Diablo! ¿si en vez de venir á ser esterminadores, vendremos á ser agonizantes? exclamó Zancudo: esto seria un augurio, porque si me encuentro con muertos, ¿cómo diablos voy á llevar á cabo la hazaña que debe darme la infanzonía, y el título y las armas? Vamos, está visto, Dios no quiere que yo posea nada.

A este tiempo vió Zancudo que por el camino avanzaba rápidamente una pequeña nube de polvo.

—¡Calla! dijo, ¿pues aquel es un ginete solo? ¿adónde irá? ¿qué querrá? con atajarle y prenderle, lo sabremos.

Y dió orden á sus soldados, de que cuando llegase el ginete, le cercasen.

No tardó este en llegar, y no fué necesario cercarle, porque en señal de paz, traia el capacete sobre la lanza.

Venia pálido y sudoroso, y mostraba sobre las armas una rica sobrevesta de caballero.

—Tropiezo con lo que buscaba, dijo con marcado acento aragonés.

—¿Y qué buscabais, hidalgo? preguntó Zancudo.

—La compañía franca del caballero del Aguila Roja, y por el estandarte que traeis, alférez, veo que estoy delante de ella.

—¿Y qué quereis de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, que así es como se llama? dijo con mucha voz Zancudo, que tenia el defecto de no quitar á lo valiente, lo fanfarron.

—Quiero hablar con su capitan.

—¡Rayos de Dios! exclamó Zancudo; ¡y cómo habeis de hablar á su capitan, si el buen caballero del Aguila Roja está gravemente herido de resultas de la traicion que le armó el infante don Juan, que no le quiere bien?

—¡Maldiga Dios al infante don Juan, exclamó el aragonés, que nos ha abandonado cuando ha visto moribundo á nuestro infante don Pedro!

—¡Cómo! ¡Qué! ¡Se ha ido el infante don Juan? exclamó Zancudo con el acento que puede suponerse en aquel que sabe que le han robado algo.

—Hace ya horas que está hollando con el infante don Alfonso, y con las pocas lanzas y ballesteros útiles que nos quedaban, las tierras del reino de Leon: yo solo me he quedado, y esto por amor á mi amo el infante don Pedro, que viendo ya próxima su muerte, me ha enviado á buscar al caballero del Aguila Roja.

—¿Y para qué quiere vuestro amo á mi capitan?

—No lo sé; pero puesto que vuestro capitan no puede venir á ver á mi amo por encontrarse mal herido, y vos sois su alférez, venid vos.

—Cuenta, hidalgo, con que si lo que decís es un engaño para meternos en una celada, lo vais á pasar muy mal.

—En Valdemorilla no hay mas que enfermos, moribundos y muertos; los otros, nos han abandonado cobardemente; además, yo os juro como cristiano y como caballero, que no os amenaza traicion.

—Pues vamos allá, señor mio, y sea lo que Dios quiera, que siempre tendremos por fiadores nuestras lanzas y nuestras ballestas.

Entonces el caballero aragonés bajó la lanza, quitó de ella su capacete, se lo puso, y colocándose á la derecha de Zancudo,

se rompió la marcha hácia Valdemorilla, que estaba ya muy cerca.

VII.

Era este pueblo entonces mucho mas considerable que ahora.

Estaba murado, con buenas defensas, aunque no tan fuertes como las de Mayorga.

Tenia dentro de sí tres parroquias, un convento de monjas y otro de frailes, y hácia la parte del Norte, un castillejo.

VIII.

Cuando llegaron, Zancudo notó que la puerta estaba franca y sin guardas, echado el puente, levantado el rastrillo, sin un solo ballestero en las almenas.

Sonaba dentro, tañido por las campanas de las parroquias y de los conventos, el tristísimo toque de agonía.

Zancudo no se fió sin embargo.

—Entrad cincuenta, dijo á sus ginetes, colocaos de trecho en trecho hasta que cruceis de parte á parte la villa; si veis la menor señal de algo malo, sonad las bocinas.

—Estamos perdiendo inútilmente un tiempo precioso, dijo el caballero aragonés, mientras los cincuenta primeros hombres del escuadron desfilaban y entraban en la villa.

—A Segura lo llevan preso, dijo Zancudo.

Lo que prueba que este proverbio, que aún dura, se remonta á mas allá del siglo XIII.

—Os ruego que entreis, dijo el aragonés; mi amo agoniza y tenia grande empeño en ver al caballero del Aguila Roja.

—Pues que espere vuestro amo, que yo no espongo imprudentemente á todos estos bravos, envainándolos en una villa en

que se puede tener gente prevenida en las encrucijadas para ahogarlos.

—La villa es pequeña; deben haber llegado ya á su otro extremo vuestros soldados, y no suena ninguna bocina.

—Entrad otros cincuenta, dijo Zancudo, y haced cruz con los que han entrado.

Desfilaron otros cincuenta ginetes.

—Los ciento que quedan y otros cien ballesteros, en escuadroncillos de diez ginetes y diez peones, á tomar las puertas de la villa y á rondar por fuera.

En un momento quedó hecha esta operacion, y solo permanecieron á retaguardia de Zancudo doscientos ballesteros.

—A ver, hijos, les dijo Zancudo, entraos en la villa y reparad por las encrucijadas.

Los doscientos ballesteros entraron, y Zancudo, con su estandarte, se quedó solo con el caballero aragonés.

—Ahora creo que bien podremos entrar, dijo este con impaciencia; teneis tomada la villa, y no la hubiérais tomado tan fácilmente si nos quedasen de pié un centenar de soldados. ¿Que-reis entrar ahora, hidalgo?

—Entremos, dijo Zancudo: y á propósito, ¿cómo os llamais? os lo pregunto no sea que os acometa de repente la peste y os caigais muerto y no sepa yo con quién he hablado.

—Yo soy Pero Coronel, caballero y rico hombre de Aragon.

—Por muchos años, dijo Zancudo, pasando á la sazón bajo la arcada de la puerta.

Apenas habia entrado por las calles le aterró el silencio que las envolvía, turbado solo por el lúgubre son de las campanas.

—Pero señor, ¿se han muerto todos en Valdemorilla? esclamo Zancudo.

—Ya os he dicho que aquí no hay mas que muertos y moribundos.

—¿Y los vecinos?

—Huyeron todos cuando se declaró la peste, llevándose de su hacienda lo que pudieron.

—Y los frailes, ¿se han ido tambien?

—¡Ah! no, esos no; los frailes han sido nuestro único consuelo.

—¿Y por qué enviaban por frailes á Mayorga?

—Porque no bastaba con los que aquí habia.

—¿Y las monjas?

—En su convento orando por nosotros.

—¡Pues! ¡como la reina doña María! exclamó con disgusto Zancudo.

—¡Que la reina ha orado por sus enemigos! exclamó con asombro Coronel.

—En cuanto supo que estabais apestados.

—Y entonces, ¿por qué hablan tan mal de la reina? exclamó con indignacion Coronel.

—Porque los que hablan, ó no la conocen ó son infames.

—¡Milagro de Dios! ¡milagro patente! exclamó el rico hombre aragonés: Dios castiga á los soberbios y á los injustos, y ya no me estraña que mi amo tenga tanto interés en ver al caballero del Aguila Roja antes de morir.

—Milagro parece, en efecto, y milagro lo creo, dijo Zancudo, porque la peste se ha encerrado en vosotros, y de vosotros no ha pasado.

—Tan no ha pasado, que ni uno solo de los religiosos ni de las monjas ni del clero de las parroquias, únicos habitantes de la villa que han permanecido en ella, ha sucumbido.

—¡Jesus! ¡Jesus! exclamó Zancudo, ¡y no escarmentarán los enemigos de doña María!

—Dios la protege visiblemente; pero ved, ya hemos llegado á la plaza donde está la casa en que muere mi pobre amo el infante don Pedro; es aquella grande de piedra que tiene un gran arco en la puerta.

—Pero esa casa está abandonada.

—En ella hay mas de un cadáver y mas de un moribundo.

—Veremos, para afirmarnos mas en lo milagroso de esta peste, si nuestros soldados salen ilesos de la villa, dijo Zancudo mirando los grupos de ginetes y peones de su compañía que acá y allá ocupaban militarmente las avenidas de la plaza.

Hasta llegar á ella habian encontrado en las encrucijadas grupos semejantes.

Coronel arrimó los acicates á su caballo, y atravesó la plaza al galope, seguido de Zancudo.

Cuando hubieron llegado á la casa indicada, el rico hombre dijo:

—Llamad á uno de vuestros soldados para que nos tenga los caballos, que aquí no hay quien los tenga.

Zancudo hizo señal á uno de los grupos mas inmediatos, y algunos soldados se acercaron.

Les entregaron los caballos y entraron en la casa.

Hasta llegar á ella habían encontrado en las encrucijadas grupos semejantes á los que yo había visto en las montañas de Aragón. Coronel arriado los acicates á su caballo y atravesó la plaza al galope, seguido de Záncudo.

Quando hubieron llegado á la casa indicada, el rico hombre dijo: — ¡Llamad á uno de vuestros soldados para que nos traiga los caballos que aquí no hay para los vuestros!

Záncudo hizo señal á uno de los grupos mas inmediatos y algunos soldados se acercaron. Los otros soldados que quedaban en la casa se encargaron de traerlos.

— ¡Porque los que yo he visto en las montañas de Aragón son de otra especie! — dijo el rico hombre. — ¡Milagro de Dios! ¡Milagro de Dios! ¡Milagro de Dios! ¡Milagro de Dios!

— ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre. — ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre.

— ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre. — ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre.

— ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre. — ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre.

— ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre. — ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre.

— ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre. — ¡Milagro de Dios! — dijo Záncudo. — ¡Milagro de Dios! — dijo el rico hombre.

II

CAPITULO XV.

UN AMOR DE TODO PUNTO IMPOSIBLE.

I.

Zayda Fatima quedó profundamente meditabunda despues de la salida de Zancudo.

¡Que la amaba doña Juana Nuñez de Lara creyéndola un hombre! ¡Y doña Juana Nuñez de Lara era la esposa del tutor del rey, de un traidor tal y tan terrible como el infante don Enrique!

Zayda Fatima pensó en que estos amores podian ser tal vez útiles á la reina, y se decidió á exacerbar el amor de la Palomilla.

Aquel amor debia ser violento, puesto que habia obligado á doña Juana á ir á una villa libre de cerco por un enemigo tan terrible como la peste, que se habia quedado muy cerca. ¿Tardaria mucho en llegar doña Juana?

II.

Como si este pensamiento de Zayda Fatima hubiera llamado á la Palomilla, se abrió la puerta de la cámara, entró apresurado el conde don Lope y dijo á Zayda Fatima:

—Hija mia, ahí teneis á doña Juana Nuñez de Lara en persona, que pretende con gran interés hablar con vos.

—¡Ah! pues que entre, conde, que entre, dijo Zayda Fatima, y dejadme sola con ella.

—¿Qué pretendéis?

—Despues os lo explicaré, y os pediré consejo; pero id, id, no la hagamos esperar.

III.

El conde salió.

Zayda Fatima, que no podia dejar el lecho, se colocó en él en la posicion mas conveniente que pudo, para recibir á doña Juana.

Tenia la cabeza vendada alrededor de la frente; pero el vendaje que tenia sobre sí una cinta de seda azul, la favorecia, constituyendo una especie de gracioso tocado.

Sus anchos y pesados rizos negros, caian sobre sus hombros; estaba pálida, y esta palidez aumentaba su hermosura.

Sus ojos, sus magníficos ojos negros, tenian una lucidez infinita.

Por cima del cuello de su camisa, se veia su garganta mórvida, que á pesar del suave moreno de la tez, dejaba ver la circulacion de la sangre.

Aparecia irresistible.

Doña Juana, considerándola como hombre, debía volverse loca, es verdad que pocas mujeres hubieran resistido á la influencia de un mancebo tan hermoso como Zayda Fatima.

IV.

Se levantó el tapiz de la puerta, y entró sola la Palomilla.

La mirada de Zayda Fatima, se fijó en ella intensa y grave.

La Palomilla se sintió dominada por la timidez, por la primera vez de su vida.

Se detuvo dos veces al atravesar la cámara, que era estensa.

Al fin, como atraída, como absorbida por la mirada de Zayda Fatima, adelantó rápidamente, y dijo toda trémula, toda conmovida.

—¿Cómo así, señor mio? ¿cómo os han maltratado de tal manera los aragoneses?

—Azares de la guerra, señora: los que nacemos para combatir, no podemos ni debemos quejarnos de las heridas que recibimos; ese es nuestro destino; y cuando las recibimos por una justa causa, debemos sentir una viva satisfaccion por haber vertido nuestra sangre.

—¿Y no temeis que puedan pagaros con ingratitudes? dijo la rebelde Palomilla.

—No debemos buscar recompensa alguna de lo que bien hacemos, y tanto es lo que hacemos mas noble, cuanto menos se nos recompensa.

—¡Bah! no digais eso, señor mio: nadie piensa así en el mundo, y por lo mismo, nadie entiende á quien piensa así.

—Cada cual obedece á sus ideas y á su corazon; pero sentaos, señora, sentaos.

La Palomilla se sentó en un sillón que estaba junto al lecho.

Por algunos momentos guardó silencio, absorta en la contemplacion de la hermosura de Zayda Fatima.

La mirada, la palidez, el ligero estremecimiento que pasaba de tiempo en tiempo por doña Juana, demostraba lo enamorada que estaba de Zayda Fatima, á causa de su error.

La profunda mirada de Zayda Fatima, aquella mirada incomprendible, serena, profunda, que dominaba hasta los hombres mas alentados, mirada que aparecia siempre que Zayda Fatima fijaba su atencion en un objeto, mejor dicho, en un ser humano, embriagaba, fascinaba, enloquecia á la Palomilla, y al mismo tiempo la inspiraba un profundo respeto.

—¿Sabeis para qué soy venida? dijo la Palomilla rompiendo al fin el silencio.

—Lo ignoro, señora, contestó Zayda Fatima, y si me preguntasen lo que juzgaba de vuestra venida, no sabria qué contestar; porque como esposa del infante don Enrique el Senador, y como hermana de don Juan Nuñez de Lara, podeis venir á una cosa; como dama de la reina doña María, y vasalla leal, podeis venir á otra.

—Explicaos.

—La explicacion es muy sencilla, dijo Zayda Fatima; vuestro marido se alegraria mucho de separar á la reina del rey, lo que se prueba por el empeño que ha tenido en casar á la reina con el infante de Aragon don Pedro: un tutor que se encuentra con que su pupilo tiene una madre tal como la reina doña María, no es propiamente un tutor, y vuestro esposo quiere serlo sin obstáculo ninguno; es decir, quiere ser, durante la menor edad del rey, el verdadero rey de Castilla: podeis, pues, venir... ¿qué se yo? porque si venís en favor de los aragoneses, amigos de vuestro marido, llegais tarde: ahora bien; si venís enviada por la reina, como su vasalla leal, puede ser que traigais por objeto el ver una manera de avenimiento entre la reina y vuestro hermano don Juan Nuñez de Lara, que se dice viene sobre Mayor-

ga, visto el desastre que Dios ha enviado á los aragoneses, tambien venís tarde; porque de tal manera han sido los aragoneses castigados por Dios, que vuestro hermano se volverá en cuanto reciba la noticia, porque solo no puede combatir la villa que está muy defendida. Así, pues, ya vengais á lo uno ó á lo otro, vuestra venida es de todo punto inútil, señora.

—¿Y si yo viniese á otra cosa? dijo doña Juana.

—Os confieso que no sé á qué otra cosa podeis venir.

—Mirad, dijo la Palomilla dominando al fin su timidez; por hoy me importan muy poco la reina, el rey, mi marido, los aragoneses y mi hermano: no me meto en nada, allá se compongan como puedan: mi marido, creyéndose agraviado por la resistencia tenaz que la reina ha opuesto á casarse con el infante don Pedro, creyéndose además mas débil para resistir al rey de Portugal que se acerca á Valladolid, no contando para ello con otro apoyo que con el de don Diego Lopez de Haro, se ha ido á las Andalucías, á las fronteras del reino de Granada, y como á mí no me gusta estar cerca de los moros, porque les tengo miedo, me he quedado en Valladolid al lado de la reina.

—Perdonad, dijo Zayda Fatima; no os habeis quedado en Valladolid, puesto que estais en Mayorga.

—¿Cómo habia de permanecer en Valladolid, dijo ardientemente doña Juana, despues de saber que vos estabais herido y maltrecho?

—Muchas gracias, señora; ¿pero habeis meditado bien el paso que habeis dado?

—Lo que se desea con el corazon, no se medita.

—¿Ah, señora! exclamó Zayda Fatima; desgraciado de aquel que no sabe ó que no puede dominar á su corazon: el corazon es ciego, y nos estravia, y Dios nos ha dado la razon y el conocimiento de nuestro deber, para que dominemos los impulsos ciegos del corazon.

—¿Como se conoce que vivís en compañía de un hombre que viste hábito benedictino! ¿qué sermon me habeis encajado tan sin pedírosle yo? ¿os pesa que una hermana venga á cuidar de vos?



—El mundo, señora, no cree en estas fraternidades, contestó Zayda Fatima: no verá mas que lo que aparece, esto es, que una dama de alta alcurnia, una infanta, y además de esto, casada, ha venido á cuidar de un capitan de aventuras que se encuentra mal herido en el lecho, y juzgará por las apariencias.

—¿Y qué me importa á mí que piensen lo que quieran, si mi intencion es buena?

—¿Y nada os importa tampoco de lo que piense vuestro marido?

—Mirad, no me he metido á pensar lo que de esto pensará el infante don Enrique: me necesita en gran manera, y nada se le ocurrirá que decirme.

—Pero vos debéis cuidar que no se diga ni de él, ni de vos.

—Me casaron con él por fuerza: convenia á mis hermanos este enlace, y yo cedí porque tenia el corazon libre: yo no he dado mi corazon á don Enrique, no puedo dárselo, ni le amo, ni puedo amarle.

—Basta, señora, dijo Zayda Fatima, no quiero oir en vuestra boca tales palabras; además, son para mí muy peligrosas.

—¿Qué decís!

—Nada digo, si no que habeis venido á traerme la tentacion y el peligro de perder mi alma.

—Pero ¿por qué decís cosas tan estrañas, tan sérias don Gutierre? ¿por qué habeis de estar en peligro de perder vuestra alma, porque yo venga á cuidar de vos?

—Porque, señora, desde que os vi no os olvido.

—¿Qué decís! exclamó toda trémula y palideciendo de emocion doña Juana.

—Digo que yo no puedo ni debo amaros, primero porque sois una mujer casada, despues porque, aunque fuérais moza, yo no podia casarme con vos.

—¿Y por qué si yo fuera libre no podíais casaros conmigo? dijo con altivez y nublando el bello semblante doña Juana.

—No por nada que pueda ofenderos, contestó Zayda Fatima, sino porque tengo hecho á Dios voto.

—¿Voto! ¿y de qué?

—Voto de no unirme jamás á otro sér, voto de contrariar, de dominar, de vencer mi amor; voto que he cumplido con un valor de que no me creia capaz.

—¿Cómo! ¿Habeis amado?

—He amado y amo, dijo tristemente Zayda Fatima, he amado y amo con toda mi alma; pero este amor está vencido, martirizado, resignado; este amor que morirá conmigo es imposible: yo le he guardado en el fondo de mi alma, y el sér que me le ha inspirado no le conoce, no le conocerá nunca, y ese sér me ama como yo le amo á él: el pensamiento de ese sér busca á mi pensamiento; yo siento su alma en mi alma, como él siente, estoy seguro de ello, mi alma en la suya; ese sér es mi sueño, le tengo siempre en mi corazon, y sin embargo, nunca le diré yo te amo; nunca yo te amo, me dirá él á mí: entre nosotros hay dos imposibles; mi voto solemne, y su dignidad, su honra.

—¡Ah! exclamó doña Juana que estaba lívida; ¿y quién es ese sér que tanto amais?

—Perdonad, señora, pero no puedo deciros su nombre; bás-teos saber que es ilustre, muy ilustre.

—¡Ah! murmuró de una manera ininteligible la Palomilla, ¡la reina!

—¿Qué decís, señora?

—Digo que si yo no os considerára como mi hermano, seria muy desgraciada.

—¿Quereis seguir mi consejo, señora?

—¿Y cuál?

—Debeis volveros cuanto antes á Valladolid.

—Desdeñais el afecto que me ha traído junto á vos, dijo la Palomilla, á quien se la saltaron las lágrimas.

—Ese afecto es una locura, señora; perdonadme si os lo digo: no sois libre, y aunque hayais venido con la mejor intencion del mundo, vuestro intento se calumniaria.

—¿Y qué me importa á mí de la calumnia?

—¡Ah! dijo profundamente Zayda Fatima, la calumnia es terrible y mata de una manera infame al sér á quien muerde.

—¿Y qué os importa á vos que yo quiera vivir ó morir? dijo

la Palomilla, que estaba terriblemente irritada. ¡La calumnia! ¡bien! ¿hay acaso alguna persona que valga algo en nuestros tiempos que no esté calumniada? á este le llaman ladron, á aquel traidor, al otro asesino, y la misma reina.....

—¿Qué dicen de la reina? exclamó reprimiendo mal su cólera Zayda Fatima.

—Dicen que estima tanto á don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, que no quiere tenerle en la córte y á su lado, por lo que le mantiene allá, en la frontera de los moros: pero añaden que de tiempo en tiempo, don Alfonso Perez deja la frontera sin decir á nadie dónde va, y solo, sin mas que un escudero de confianza, y á mata caballo, se viene adonde está la reina, á la que ve secretamente.

—¡Infames! exclamó Zayda Fatima con un acento que tenia algo de rugido.

—Sí, infames, muy infames, exclamó doña Juana, pero eso no quita que la infamia cunda y se crea; ¡bueno está el mundo! estorbad á alguien, y solo porque le estorbais, no atreviéndose á acometeros frente á frente, dirá de vos cuantas bajezas, cuantas miserias le sugieran su rabia y su cobardía. Ya veis, de mí dicen que soy la manceba del rey, de un niño, de un enfermo que nada tiene que pueda interesar un corazon, y añaden que mi marido lo sufre por la cuenta que le tiene y pensando en su engrandecimiento, y que por la misma razon lo sufren mis hermanos. Ya veis hasta qué punto han llegado, que se atreven á llamarme en son de desprecio la Palomilla: y ¡qué hay que hacer! ¡cómo se cierra la boca á tanto maldiciente, á tantos tontos que creen todo lo que oyen de buena fé, aunque sea lo mas increíble, lo mas repugnante? ¡La calumnia! ¡cómo ha de temerla quien ha sido ya mordido por ella?

—¡Oh! sí, sí; esta generacion está maldita por Dios, y en vano se busca el remedio, porque lo que Dios sentencia, sentenciado está, y es de todo punto inútil querer evitar el castigo, cuando la ambicion y las malas pasiones se apoderan de los hombres, cuando todos dan oido dócil á su soberbia, cuando el mas estúpido se cree lleno de la ciencia de Salomon, cuando no hay

mas Dios que el dinero, ni mas religion que la vanidad, ni mas fé que la soberbia, el hombre se embrutece y no le queda mas que el valor y la ferocidad del lobo, para defender lo que posee, lo que ha robado, ó para quitárselo á otro; y entre tanto los pobres pueblos desangrados, sufren y callan y se dejan desangrar mas y mas, y se estremecen por la batalla que dan ladrones á ladrones, sobre su terreno y sobre sus miembros. Dios lo quiere, Dios castiga en nosotros viejos crímenes de nuestra raza; Dios no nos perdonará sino cuando hayamos espiado cumplidamente el mal que hicieron nuestros padres.

—¡Ah! ¡qué cosas decís, don Gutierre!

—Digo lo que es, hablo con la voz de la razon y de la justicia, herencia de traicion es la nuestra, y las herencias de traicion están malditas. Dios que es la verdad, Dios que es la justicia; es inevitable: dejadlos, dejadlos hacer; ellos irán cayendo uno á uno, dos á dos, ciento á ciento, mil á mil, como las hojas secas del árbol, para podrirse en el lodo; el árbol echará hojas nuevas, hojas lozanas, hojas puras; las hojas están secas, el bramido del huracan se escucha ya á lo lejos en el espacio; las hojas secas caerán; el árbol quedará desnudo: pero ¡qué importa! la primavera le pondrá lozano y pomposo; dejad, dejad que obre á la justicia del Señor.

—¿Con que, segun vos, todos somos hojas secas?

—Sí; áridas, gastadas, corrompidas: hemos arrancado al árbol cuanta savia hemos podido, y ya nada nos queda que arrancar: el árbol está seco y es necesario que el huracan le arrebathe las ramas podridas para que retoñe; entre tanto luchamos y mas luchamos, los buenos por mantener una sombra de derecho, los malos por acrecentar su infame valía. Dejemos marchar el tiempo: no hemos de ser nosotros los que hemos de ver el fin de tantos males: no perecerá la monarquía, pero irá abriéndose paso sobre un mar de sangre: terribles tiempos, mas terribles aún los que vendrán: traicion heredamos y traicion dejaremos por herencia á nuestros hijos. ¡Cuánta infamia! ¡cuánta vileza! la reina, la pobre reina, una mártir, el corazon mas grande que alienta sobre la tierra, y desobedecida, injuriada, amenazada, y sobre

todo, lo que es horrible, desesperante, calumniada. ¡Ah! ¡malditos! ¡infames!

Y los ojos de Zayda Fatima ardian, relampagueaban, amenazaban.

—¡Oh! ¡Dios mio, y qué fiereza! exclamó asustada la Palomilla.

—Fiereza inútil, fiereza impotente: ¡qué pueden hacer un corazon solo, una sola cabeza, un solo brazo, contra la fuerza comun de tanto miserable! rugir de cólera, callar, sufrir, desesperarse; verlos á todos ciegos, estraviados, envolviéndose en sus propias redes, empeñados en lo que no puede ser, despedazándose por lo imposible, y devorando la rapiña, único fruto que de sus rudos combates queda entre sus manos: no hablemos mas de esto; que se cumpla la justicia de Dios: por lo demás, señora, yo os suplico que os volvais á Valladolid: una ausencia de dos dias es disculpable, se puede encontrar para ella un buen pretesto: libradme de vos.

—¡Que os libre de mí! exclamó la Palomilla alentando la esperanza que la sagaz Zayda Fatima le habia dejado entrever.

—Sí, libradme de vos, señora, porque os lo confieso, desde que os vi, no he podido olvidaros.

—¡Qué decís, don Gutierre? ¡Y ese sér que adorais, ese sér imposible, esa ilustre persona?

—A los imposibles se renuncia, señora; y cuando con el corazon sediento de una felicidad que no hemos podido obtener, encontramos otro sér adorable, estamos en gran peligro de rendirle nuestro albedrío, de enloquecer por él: yo no soy libre por mi solemne voto, ni vos lo sois por la fé que habeis jurado á un hombre.

—Yo os amo, exclamó rompiendo por todo la Palomilla: solo por vuestro amor, y arrostrándolo todo, he venido á Mayorga: vos pensais en mí, y esto es para mí una felicidad infinita: dejadme, dejadme que esté á vuestro lado, que cuide de vuestras heridas, que viva como no he vivido nunca, amando como nunca he amado.

—¡Ah, doña Juana! qué hermosa sois y cuánto me embriaga vuestro amor.

—Romped vuestro voto como yo estoy dispuesta á romper mi juramento.

—¡Oh, jamás! exclamó Zayda Fatima: no quiero traer sobre mí ni sobre vos la maldicion del Señor. Amémonos, sí, pero con un amor casto, con un amor del alma, con ese amor descendido de los cielos, que á nadie puede ofender, porque á nadie ofende lo que es puro, inmaculado: ¿no os lo he dicho ya? Desde que os vi, no he podido olvidaros, y cuando os vi, me estremecí de alegría y de terror, porque en vos se me presentaba una tentacion.

—¡Me amareis, me amareis con toda vuestra alma! exclamó la Palomilla, y yo lo sacrificaré por vos todo, todo, hasta la vida: soy poderosa, riquísima: vos sois bravo, terrible: yo os haré tan grande, ayudándoos, que no tengais que temer á nadie, ni al rey.

—Pues bien, doña Juana: si me amais, si estimais mi amor, obedecedme, sed dócil: ni á vos ni á mí nos conviene el que permanezcáis en Mayorga: volveos á Valladolid: no tengais cuidado por mis heridas; no son peligrosas: tengo además aquí buenos amigos y leales servidores: los aragoneses, heridos por Dios, han perecido en su mayor parte, y habrán de volverse de un día á otro á Aragon: nada tendré que hacer ya en Mayorga, y me volveré á Valladolid á pelear por la reina, que en Valladolid está amenazada: allí nos veremos sin que vuestra reputacion padezca, sin que nadie pueda saber que nos vemos: id, señora, id, yo os lo suplico: no permanezcáis por mas tiempo á mi lado; las gentes con quienes habeis venido, lo estrañarían.

—Quiero daros una prueba de mi amor obedeciéndoos, dijo la Palomilla.

Y se levantó.

—Pero juradme que no me engañais, que en Valladolid nos veremos.

—Os lo juro, contestó Zayda Fatima: nos veremos en Valladolid, para permanecer en él: servid lealmente á la reina.

—La serviré, porque vos me lo mandais.

—Porque debeis servirla, señora, si quereis que Dios os ayude: id, id, no quiero que esteis mas tiempo separada de vuestras gentes.

—Apartándome de vos, hago el mayor sacrificio que me pudiérais pedir; pero os obedezco. Adios, señor mio, y que pronto nos veamos.

—Id con Dios, señora, y que él os haga feliz.

La Palomilla salió llena de dudas, de celos, de esperanzas, de desesperacion.

VI.

—Ese sér á quien ama, ese corazon de oro, esa ilustre persona, ¿quién es? ¿quién puede ser mas que ella? Ella, la reina: ¡y ella, que se interesa tanto por el caballero del Aguila Roja, y él que ha venido aquí á morir por ella! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Pero él no miente, no, y me ha dicho que yo le enamoro, y no me lo ha dicho solo con las palabras, me lo ha dicho tambien con los ojos! ¡Oh, Dios mio! ¡quién sabe! ¡yo soy mas hermosa que la reina, mas jóven! ¡la reina es un imposible, y yo no lo soy! ¡si muriera don Enrique! ¡oh, Dios mio, yo no he amado nunca hasta ahora! ¡yo, hasta ahora, no he tenido celos! ¡yo voy á vol verme loca!

Al llegar á este punto de sus pensamientos, doña Juana, acompañada del conde don Lope, llegó á la plaza de armas del castillo, donde al pié de las escaleras la esperaban su litera y algunos escuderos.

Despidióla el conde don Lope, entró en la litera, y salió del castillo.

CAPITULO XVI.

DE CÓMO MURIÓ EL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON.

I.

La gran casa de piedra de Valdemorilla, donde habia entrado el alferez Zancudo y el rico hombre aragonés Pero Coronel, estaba silenciosa como una tumba.

Al pié de las escaleras, sentados acá y allá, amarillos, aterrados, habia algunos hombres de armas que se pusieron penosamente de pié al pasar Pero Coronel y Zancudo.

Parecia como que no podian soportar el peso de los arneses.

El que en Valdemorilla no estaba apestando, estaba enfermo de terror.

La peste negra era una enfermedad horrible, una espantosa descomposicion de la sangre, que mataba en pocos minutos, y dejaba lívidas á sus víctimas.

Hay quien cree que la peste negra que affigia por aquellos tiempos á Europa, no era otra cosa que el cólera morbo asiático,

mucho mas intenso, mucho mas terrible que el que nosotros conocemos.

El ejército de Almanzor fué diezmado en Caltañazor por este azote.

II.

En lo alto de las escaleras, en el ancho rellano, habia tambien algunos hombres de armas pálidos y aterrados, porque aquel dia habia sido espantoso.

Algunos centenares de aragoneses, entre ellos muchos ricos hombres y primeros cabos del ejército, habian sucumbido.

El pánico se habia apoderado de los no atacados por la enfermedad, y habian huido hácia Leon con los infantes don Juan y don Alfonso: solo habian quedado Pero Coronel y un puñado de hombres de armas y de servidores que no habian querido abandonar al infante don Pedro, acometido gravemente por la peste.

Los religiosos, tanto de los dos conventos de Valdemorilla como de los de Mayorga, estaban siendo ángeles de caridad: nada les importaba la peste: acudian allí donde habia apestados, y se llevaban los muertos para enterrarlos, para que no aumentase la infeccion.

Mas de una vez, desde la puerta de la villa, por donde entraron en ella hasta la plaza el rico hombre y el alférez, habian encontrado algun cortejo fúnebre, compuesto de frailes que llevaban á enterrar un cadáver.

Las monjas habian salido tambien de su clausura, y estaban al lado de los enfermos y de los moribundos.

El toque de agonía seguia retumbando lentamente, y para aumentar lo pavoroso de la villa, la compañía franca de los Hermanos de la Selva, la ocupaban en son de guerra, y rondaban además en pequeños escuadrones por fuera de los muros.



LA BUENA MADRE.

Las monjas habian salido de su clausura.....



III.

Y, cosa estraña, ni un solo fraile, ni una sola monja, fueron acometidos por la peste, ni un solo hombre de la compañía franca se sintió invadido por ella; parecia como que en aquella ocasion era de todo punto necesario ser aragonés para ser apestado.

Por eso se consigna como un milagro en las crónicas de aquel tiempo, el levantamiento del cerco de Mayorga causado por la peste.

Todos vieron entonces patente la voluntad del Señor, de afirmar en el trono al rey don Fernando el IV, y librar de enemigos á su buena madre, abandonada de sus vasallos.

IV.

Pero Coronel y Zancudo entraron al fin en una gran cámara, ensombrecida por tener casi cerradas las maderas de sus ajimeces.

En aquella cámara habia un gran lecho con cortinajes rojos.

En el lecho el infante don Pedro, y alrededor de él, como hasta una docena de religiosos.

A la cabecera, por el lado de la izquierda, se veia á una monja anciana, teniendo en una escudilla un medicamento, y animando dulcemente al infante para que le tomara.

—Es inútil, inútil señora mia, murmuraba el infante con la voz desfallecida: siento sobre mí la muerte; dentro de poco estaré en el supremo juicio, y tengo miedo: no viene, no viene ese caballero del Aguila Roja, á quien he enviado á buscar.

—No puede venir, señor infante, contestó Zancudo que habia oido aquellas palabras, y acababa de llegar junto al lecho:

el caballero del Aguila Roja está gravemente herido á causa de una infame asechanza de vuestro grande amigo el infante don Juan; pero no pudiendo venir á ver á vuesa merced el caballero del Aguila Roja, yo, que soy su alferez, vengo.

—¡Ah! ¿sois vos alferez de don Gutierre de Silva?

—Sí señor.

—¿Y os envia él?

—Sí señor.

—Buenos religiosos, señora, amigo Pero Coronel, dejadme solo con este hidalgo, exclamó el infante, yo os lo suplico.

Todos se retiraron; el infante y Zancudo quedaron solos.

V.

—Acercaos, acercaos, exclamó el infante; apenas tengo fuerzas para hablar.

—Alentaos, señor infante, alentaos, dijo Zancudo, que no todos los acometidos por la peste negra mueren, y ya es una buena señal el que hayais durado tanto tiempo.

—Hace tres horas estaba sano y bueno, contestó el infante, y ahora apenas me queda vida para deciros algunas palabras.

—¡Tres horas! dijo Zancudo; pues esa es una eternidad para la peste negra, que mata como el rayo.

—No perdamos, no perdamos el tiempo, dijo el infante, yo queria ver á vuestro capitan, porque sé que le estima mucho la señora reina doña María; pero puesto que sois su alferez, y como tal, debe vuestro capitan estimaros en gran manera, oid lo que quiero que le digais para que lo diga á la reina. Protesto que no la ambicion, no ningun pensamiento bastardo me ha movido á desear mi casamiento con la reina doña María, ha sido un amor terrible, un amor que me abrasa las entrañas y que me mata mas que la peste; no quiero morir con el desconsuelo de

que la reina mi señora, me crea villano: si he movido guerra, ha sido por desesperado; si he pretendido obligarla á casarse conmigo, ha sido porque esperaba, si lo conseguia, conociese cuánto era mi amor por ella.

—¡Diablo, diablo! exclamó Zancudo, ¡y qué desgracias tan negras! ¿Y que estas cosas las haya de causar el amor?

Y se acordó de Cinta que le traia de cabeza.

—Dejadme continuar, dijo el infante, no queria yo mi casamiento con la reina para servir al rey don Jaime mi hermano, ni para ayudar á los planes ambiciosos de los reyes de Francia, Portugal y Navarra; una vez esposo de la reina, yo la hubiera defendido, yo hubiera asegurado la corona en la cabeza del rey don Fernando el IV: no me affige la conciencia el remordimiento de una traicion; quiero que lo sepa así la reina mi señora, y pongo por testigo de la verdad de lo que digo á Dios, ante cuyo inflexible tribunal voy á parecer dentro de poco; yo la amo, muero amándola; mi último pensamiento es para ella, y temo condenarme, porque en la hora de mi muerte no pienso en otra cosa que en mi funesto amor.

Y el infante se echó á llorar.

—¡Diablo! exclamó Zancudo limpiándose los ojos con el revés de la mano, que yo no sirvo para esto, y mejor quisiera encontrarme metido en el horno de una batalla, que verme delante de vuesa merced, que me está abriendo el alma: vamos, no sirvo, yo no habia llorado en toda mi vida.

—Vos sois bravo y noble, caballero, exclamó el infante, vos no habeis vacilado en acercaros al lecho de un apestado.

—¡Caballero, caballero! dijo Zancudo, ya va de dos, á la de tres, se quedará en nada: ¡válgate el diablo por caballería! En fin, valor señor infante, valor, yo diré todo eso que vuesa merced me ha dicho á mi capitan, sin quitar ni poner letra ni tilde, y mi capitan lo dirá, cuando la vea, á la señora reina doña María.

—¡Dios os lo pague á los dos! contestó el infante: decid además á vuestro capitan que me perdone por haber faltado al juramento que le presté en la Selva del Abrojo, que me perdone la traicion que contra él hurdió el infante don Juan, y en la cual

yo tuve alguna parte: decidle que sé quién es, porque me lo ha revelado el infante don Juan, y que me causa veneracion y asombro el milagroso valor de que está dotado.

—Qué, ¿sabe vuesa merced quién es el caballero del Aguila Roja? Es decir, de qué casa real es infante.

—Es infante de una gran casa, de una casa poderosa, hijo de un gran rey; pero no os diré quién sea ese rey, no os venderé el secreto con que se cubre el caballero del Aguila Roja; no me preguntéis mas, aprovechemos el tiempo, estoy muy débil, quitadme una cadena de oro que traigo al cuello.

Zancudo obedeció.

Pendiente de la cadena habia un medallon, en aquel medallon se veia uno de aquellos riquísimos esmaltes de la Edad Media, que tanto se admiran hoy, representando á la santísima Virgen del Pilar de Zaragoza.

—¿Y qué hago con esto, señor infante? dijo Zancudo, porque creo que no me la dareis para mí.

—No; á vos os daré otra cosa que la estimareis en mas.

—Muchas gracias, señor, dijo Zancudo, deseando saber qué cosa seria lo que le daría el infante.

—Si yo no hubiera sido injusto, moviendo guerra á la reina doña María, dijo el infante, esa imágen de nuestra santa patrona la Virgen del Pilar, que está bendecida por el Papa y que tiene dentro de sí, en el hueco del relicario, un verdadero *lignum crucis*, me hubiera protegido contra las lanzas enemigas y contra la peste; pero la madre del Señor no puede proteger al injusto, al usurpador violento, y de nada me ha servido ese sagrado relicario: pero la reina doña María es buena, la reina doña María no hace ni piensa nada que no pueda ser afecto á los ojos de Dios: para ella será una ayuda poderosa, una defensa invencible ese relicario: dadlo á vuestro capitan para que él lo de á vuestra reina, que la diga que me llevo su amor á la tumba, que la amaré hasta en la eternidad; que la pido con las lágrimas en los ojos me perdone todo el mal que la he hecho.

—Pues mirad, señor infante, dijo Zancudo, yo os perdono en nombre de su señoría, porque segun de su señoría he oido

hablar á mi capitán, estoy seguro de que su señoría os perdonará.

—Así lo espero, y con ello cuento para que Dios estreme conmigo su misericordia, oyendo las súplicas de la noble reina doña María. Aún me queda algo que deciros: manifestad de mi parte á vuestro capitán que deseo conserve siempre en memoria mía la buena espada de mi abuelo el rey don Jaime, que me ganó en campaña leal en el camino de Valladolid: decidle que yo le saludo al morir, y le doy con mi voluntad un ósculo de hermano, como infante que es hijo de rey; y ahora vos, id á aquella escarpia donde está mi arnés, tomad de él mi puñal de misericordia, y guardadlo por toda vuestra vida en memoria de que habeis asistido á la agonía del infante Don Pedro de Aragon y de que habeis sido su mensajero.

Zancudo, con mas viveza de lo que hubiera debido atendida la situacion, buscó el arnés con la vista, le encontró, se fué á él, tomó el puñal de misericordia del infante, y se le alegraron las entrañas.

La empuñadura era de oro macizo, grande, y tenia muchos y gruesos diamantes y rubíes.

La vaina era tambien de oro, y tenia á lo largo, sobre bellos esmaltes, una carrera de gruesas perlas; una corona real terminaba la empuñadura.

—Ese puñal fué de mi padre, dijo el infante, no hirais con él sino á los enemigos, á los que merecen morir, porque tiene la hoja envenenada.

—Verdaderamente puñal de rey, dijo Zancudo: ¿y qué mas se os ocurre, señor infante?

—Que no olvideis ni una sola palabra de las que os he dicho, que afirméis á vuestro capitán cuán encendido, cuán inmenso es el amor que me devora por la reina doña María; cuánto hubiera yo hecho por ella si ella me hubiera amado; decid que habeis visto llorar por su amor al infante don Pedro, y en cuanto á vos, que yo suplico á la reina os haga caballero, si no lo sois, y os de algo con que honrar la caballería en memoria del desdichado que muere amándola.

—Dios os perdone, señor infante, exclamó Zancudo; Dios os perdone por mucho que sea lo que tenga que perdonaros: en cuanto á mí, juro á vuesa merced hacerle decir cuantas misas pueda, si es que muere, que eso aún no se ha visto, y rezar por su alma todos los ratos que tenga desocupados: otrosí; todas las noches, donde yo duerma, si hay proporcion, estará ardiendo una lamparilla por vuestra alma.

—Dios os lo pague todo, pero me siento morir; idos ó quedaos, como queráis, pero avisad á esos buenos religiosos para que vengan á auxiliarme en mi agonía.

VI.

Zancudo salió á la antecámara, donde los religiosos, con algunas monjas estaban; les manifestó el deseo del infante.

Todos, incluso Zancudo, á quien le pareció mal dejar sin acabar de morir al infante que tan bien se habia portado con él, entraron.

Algunos minutos despues, el infante habia muerto.

VII.

—Pues señor, los otros se han ido, se ha muerto este, no hay un aragonés que pueda tenerse de pié; el cerco de Mayorga ha concluido de todo punto; me alegro: lástima que esto no haya sucedido mucho antes, así nos hubiéramos escusado muchas batallas y muchos porrazos, y que todavía en cuanto hago el mas ligero movimiento, me duele este hombro que me rabia; ¡mal rayo! la lástima es que quede uno solo para contarle.

Esta fué la oracion fúnebre que Zancudo pronunció á dos pasos del cadáver del infante don Pedro; si la hubiera pronunciado en voz alta y le hubiera reprendido algun religioso, recordándole el amor al prójimo, hubiera dicho sin vacilar:

—No es mi prójimo el que arrima á un cristiano una mazada tal como la que yo tengo sobre mi clavícula izquierda.

Zancudo era un protervo que á pesar de esto tenia mucho de buen hombre, y creia en Dios á piés juntillas, solo que no veia el prójimo en el enemigo, lo cual es un error de que por desgracia adolece la humanidad entera.

VIII.

Zancudo se salió de la casa en cuanto hubo muerto el infante don Pedro, cobró abajo su caballo, tocó su bocina, recogió la gente de la compañía que estaba diseminada en el interior de la villa, salió de ella, llamó al resto de la gente, se puso en marcha, y á la caída del sol, habiendo dejado á la gente en su campamento, entraba en la cámara de Zayda Fatima.

IX.

—Y bien, dijo esta, me parece que habeis vuelto demasiado pronto para haber podido coger á los infantes don Alfonso y don Juan.

—Sí, contestó Zancudo, échales un galgo; están ya en tierra de Leon y bien asegurados, pero se nos ha quedado aquí el infante don Pedro.

—¿Y por qué no os habeis apoderado de él? siempre hubiera sido una buena presa.

—¿Y para qué queríamos un muerto? dijo Zancudo.

—¡Muerto! exclamó incorporándose Zayda Fatima: ¿ha combatido?

—Sí, con la peste negra, y no ha podido vencerla.

—¡Ah! exclamó Zayda Fatima, la mano de Dios.

—Pues mirad que el infante lloraba y me decia: decid á vuestro capitan, para que lo diga á la reina mi señora, que me habeis visto llorar por su amor.

—¿Y quién dijo al infante don Pedro que la viuda de Sancho IV podia amarle?

—Qué quiere vuesa merced; el infante don Pedro me ha dicho muy buenas cosas: que tenia las entrañas abrasadas por su señoría, que si su señoría le hubiera amado, él la hubiera defendido contra todos los reyes del mundo, y á su hijo, y me ha repetido cien veces lo que amaba á su señoría, y que su amor le mataba tanto como la peste, y me ha dado este relicario con la imágen de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y un *lignum crucis* bendecido por el Papa, para que se lo lleveis á la reina y le sirva de amparo: y me ha dicho tambien que sabe quién es vuesa merced y de qué casa real es infante, porque se lo ha dicho el infante don Juan, y que está asombrado del milagro de vuestro valor y de vuestra fuerza.

—¿Y no os ha dicho de qué casa real soy yo infante? preguntó Zayda Fatima mirando profundamente á Zancudo.

—No señor, ni yo se lo pregunté, porque no me entrometo yo en saber secretos de tan altas personas.

—Hizo bien, y vos habeis hecho mejor, porque el conocimiento de ese secreto os hubiera costado muy caro. ¿Y qué más?

—El infante me mandó os dijese que conservárais siempre en memoria suya la buena espada de su abuelo el rey don Jaime, que le quitásteis en leal batalla: á mí me ha dado este rico puñal que dice era de su padre, y lo que importa mas, señor infante, me ha encargado digais de su parte á la señora reina doña María, que en memoria suya, y por haber yo sido su mensajero, me dé la reina la orden de caballería con algo qué para sustentarla,

en lo que yo creo decia muy bien el señor infante de Aragon, porque el que trae y lleva mensajes de tales personas, debe de ser caballero.

—Caballero sereis, Zancudo, yo os lo afirmo, que bien lo mereceis por valiente, franco y leal. Ahora, volvedos al campo y esperad mis órdenes.

Zancudo se fué.

Entró el conde don Lope, y Zayda Fatima le relató todo lo que á ella le habia relatado Zancudo.

en lo que yo creo debía muy bien de tener presente de advertir
 porque el que tiene y lleva semejantes de tales personas debe
 ser capellán.

—Caballero señor, ¿sabed, yo os lo afirmo, que bien lo
 merecía por valiente, franco y fiel. Ahora, volved al campo y
 esperad mis órdenes.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

—¿Sabed señor, antes de ir a la guerra, yo me acordé
 Entró el conde don Lope, y Nayda Fatima le relató todo
 que a ella se había relatado Zancudo.

CAPITULO XVII.

DE CÓMO FUÉ EL ENTIERRO DEL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON Y DE
ALGUNOS OTROS MAGNATES ARAGONESES.

I.

Tres dias despues, habia gran bullicio y gran curiosidad de gentes en Valladolid.

Esta inmensa concurrencia rebosaba por la puerta del puente Mayor, y se estendia hácia la carretera de Leon.

Muchos llevaban botas llenas de vino y meriendas, y los mejor acomodados iban vestidos de dia de fiesta.

¿Qué era aquello?

Se esperaba á los aragones, pero se les esperaba sin temor ninguno, porque venian muertos: eran los cuerpos del infante don Pedro, de los ricos hombres don Gimén de Urrea, don Remon de Urgel y otros, hasta el número de diez, á quienes venia acompañando el rico hombre Pero Coronel, á quien ya conocemos.

El resguardo de estos difuntos le daba la compañía franca de los Hermanos de la Selva, de la cual era capitán transitoriamente el rico hombre García Fernandez de Villamayor, por no

haber dejado aún el lecho Zayda Fatima y haberse quedado con ella el conde don Lope.

No faltaba, sin embargo, Melchor Zancudo, que llevaba enhiesto su estandarte en medio de los ginetes, llevando á su lado al Zurdo, que se habia trasformado en un buen hombre de armas, y que seguia á Zancudo, no porque le llevase este preso, sino porque se habia acostumbrado de tal manera á ir detrás de él, que se habia convertido en su sombra.

Esto desesperaba á Zancudo, que le habia dicho ya mas de tres veces:

—¿Creeis que temo que se me os escapeis, y para quitarme ese cuidado os venís detrás de mí?

—No, no señor, contestaba flemáticamente el Zurdo; es que os he tomado cariño.

Y como Jusepillo no se separaba nunca de su maestro, resultaba de aquí que Zancudo, mal su grado, llevaba siempre buena compañía.

II.

¿Por qué venian aquellos cuerpos muertos á Valladolid? ¿Era acaso porque la reina queria gozarse con la vista de los cadáveres de sus enemigos?

No cabia esto en el noble corazon de doña María.

Era al contrario, una muestra de su generosidad.

Cuando murió el infante don Pedro, encontrándose Pero Coronel con aquel cadáver y con los de otros nueve aragoneses, ricos hombres, amigos, y aun parientes suyos, y no queriendo fuesen sepultados en tierra estraña, envió un correo pidiendo á la reina su seguro, para que las gentes de Mayorga que habian ocupado á Valdemorilla, dejasen salir camino de Aragon aquellos cadáveres.

La reina no habia hablado aún con Zayda Fatima, y por consecuencia, no podia saber la buena disposicion de ánimo en que respecto á ella habia muerto el infante don Pedro.

Creía que había tenido en él su mas irreconciliable enemigo, y sin embargo, envió su real carta de seguro á Pero Coronel para que pudiese sacar los cuerpos muertos de los aragoneses que quisiese para trasladarlos al suelo patrio, procurando por medio de órdenes á sus vasallos, que aquellos pobres restos fuesen conducidos con todo el decoro posible.

Llegó la fúnebre comitiva en la tarde de uno de los últimos dias de agosto á Zaratan, pueblecillo situado á un cuarto de legua de Valladolid.

La comitiva venia en el órden siguiente:

A vanguardia, cien ginetes de la compañía franca de los Hermanos de la Selva; despues, una manga de ballesteros; luego, el merino de Valdemorilla con algunos de los del concejo de aquel pueblo: despues, veinticuatro frailes de San Francisco de la villa de Mayorga; luego, otros veinticuatro del de Capuchinos, de la misma villa; doce despues de cada uno de los dos conventos de Valdemorilla.

Todos estos, merino, concejales y religiosos, en mulas: despues, doscientos ginetes de la compañía franca, y por último, el resto de sus peones.

Entre los religiosos que iban en dos largas filas, venian los cuerpos muertos, en grandes camillas, cubiertas por un paño y conducidas á manera de litera, por una mula delante y otra detrás.

Estas mulas las conducian palafreneros con la librea del difunto, y la seguian criados suyos que habian quedado milagrosamente vivos.

Delante iba el infante don Pedro, luego don Gimén de Urréa, luego don Remon Urgel, y por último, los otros siete caballeros.

III.

El gentío que habia salido de Valladolid y que se habia prolongado mas allá de Zaratan, era inmenso.

Acudian como el vulgo acude á todo acontecimiento, sea del género que fuere.

Decapitad al héroe mas popular, y á ver la ejecucion acudirá el buen vulgo como á una fiesta.

Siempre lo mismo las masas: cualquier cosa las mueve.

Cierto es que iban á ver á los enemigos muertos; pero siempre era un espectáculo lúgubre, poco divertido en verdad.

En el pueblo de Zaratan, enviado por la reina, estaba el clero catedral de Valladolid con su capilla, montados obispo y canónigos en sendas mulas, y en asnos músicos y seises.

Lo cual no dejaba de hacer una buena visualidad.

En Zaratan hubo uno de los altos funcionarios de la córte que habia acudido, enviado tambien por la reina, que reparó en que los paños que cubrian los féretros eran tan poco decentes, que daba grima verlos; tal estaban de manchados de cera y de acribillados de agujeros y de rasgones.

Parecióle al tal señor que no estaba bien que habiendo mandado la reina se hiciesen aquellas honras á sus enemigos muertos, por razon de su categoría, fuese la honra incompleta, y deteniendo en Zaratan al cortejo fúnebre, avisó á la reina con un correo, de que los paños que traian los difuntos, eran tales, que no se podian mirar.

A la media hora volvió el mensajero con una acémila cargada de sendos y ricos paños de tartarí, que fueron puestos sobre los ataúdes, adecentándose de este modo el aparato.

No podia pedirse mas generosidad á la reina, puesto que no era bastante rica para hacer frente, sin sacrificio, á tales dispendios, á los que habia que añadir algunos centenares de hachones de cera que se enviaron para que los llevasen encendidos en las manos todos los que componian el fúnebre cortejo, excepto los soldados y los músicos de la capilla de la catedral, que mal hubieran podido tañer si hubiesen llevado un cirio en las manos.

IV.

Ordenóse en Zaratán el entierro en la forma siguiente:

Media compañía de lanzas de los Hermanos de la Selva, delante con trompas, atabales y trompetas, y con el estandarte abriendo la marcha.

Después, el merino de Valladolid con el concejo de la ciudad.

A seguida, una comision, por decirlo así, de frailes de cada una de las comunidades.

Después, los otros frailes que habían venido durante todo el camino, con la sola diferencia de que dejaron las mulas para ponerse en armonía con los de Valladolid, que por ser corta la distancia, y menos blandos que el clero catedral, habían venido á pié.

A seguida, en grupo, algunos ricos hombres, camareros y pajes de la servidumbre de la reina y del rey, vestidos de gala y con hachones en las manos.

A seguida, entre dos hileras de lanzas, por honor, los ataúdes.

Después, en sus mulas, el obispo y los canónigos, y en sus burros, la capilla con el guion episcopal, entonando la vigilia.

A seguida, la otra mitad de las lanzas y todos los peones de los Hermanos de la Selva.

Y mezclados entre estos fraternalmente, los legos que llevaban del roncal las mulas de sus padres.

Por último, ruidosa y heterogénea la inmensa multitud de curiosos que habían salido de Valladolid.

V.

Tan larga era esta procesion, que cuando los trompeteros y atabaleros de la compañía franca llegaban al puente Mayor de Valladolid, la cola tocaba todavía al pueblo de Zaratán.

Mas allá de la puerta del puente, en los miradores de una gran casa de piedra perteneciente al rico hombre Gil de Arévalo, estaban la reina doña María, con el rey su hijo, y gran parte de sus servidores, todos modestamente vestidos.

Don Diego Lopez de Haro, que tras de la reina estaba, al pasar los ataúdes, lanzó sobre ellos una mirada sombría.

Tal vez al contemplar aquella miseria, pensaba que en el porvenir podia caer sobre él otra miseria semejante.

Aquellos hombres que tan soberbios habian entrado en Castilla, habian sido reducidos de una manera terrible á la nada.

El señor de Vizcaya empezó á sentir miedo á aquella reina tan patentemente protegida por Dios.

Al pasar los ataúdes, la reina se arrodilló y oró, y por imitacion se arrodillaron el rey y los cortesanos.

El rey se alegraba, y debia alegrarse de la destruccion de sus enemigos, y á los cortesanos ni les iba ni les venia, pero se habia arrodillado la piadosa reina, y era necesario que se arrodillasen todos.

El fúnebre cortejo acabó de pasar, y la reina, el rey y la comitiva se retiraron al cercano Alcázar.

La reina iba triste y acongojada; acababa de ver algo terrible, algo miserable, algo conmovedor, y su gran corazon se habia oprimido.

VI.

Llevaron los difuntos á la catedral, cantáronles un responso, y luego, con algunas lanzas y algunos religiosos, los sacaron de la catedral y de Valladolid, y tomaron con ellos el camino de Aragon.

CAPITULO XVIII.

QUE SIRVE DE EPÍLOGO AL LIBRO TERCERO.

I.

Tal habia sido la conclusion de aquel cerco de Mayorga, que se habia puesto con tanta soberbia y con tantas seguridades de triunfo.

Como que los aragoneses contaban con la rebelde ayuda de los principales próceres castellanos, con la de los reyes de Portugal, de Francia y de Granada.

Todo lo habia deshecho la voluntad de Dios, y de una manera espantosa.

La situacion empezó á cambiar de aspecto.

Lo milagroso de aquel suceso habia vuelto en gran parte las cosas en favor de la reina.

Empezaban á prestarle ayuda muchos caballeros con sus mesnadas, y aunque el rey de Portugal seguia avanzando hácia Valladolid, no venia con tanto ímpetu como antes.

Parecia que le causaba cierta zozobra pensar en que como

habia agarrado la peste á los aragoneses, podia agarrarle á él y á los suyos.

—Hé aquí un ejército, decia don Dionís hablando de esto, que no le ha tenido de coste á la reina doña María ni un solo cornado.

La verdad es que don Dionís andaba dudoso, y que si no hubiera sido por dejar bien puesta su honra portuguesa, se hubiera vuelto, sin andarse en esperas, á su reino.

II.

La situacion, aunque algo despejada, era todavía para doña María de Molina sumamente difícil.

No era muy claro, que á pesar del terror que habia causado á los aragoneses el estermínio de su ejército por la peste, el rey don Jaime, que andaba en tierras de Murcia, no se volviese sobre Castilla.

El rey de Portugal avanzaba, aunque lentamente.

El de Francia amenazaba desde las fronteras de Navarra.

El rey de Granada corria las fronteras de su reino, dando mucho que hacer á Guzman el Bueno, y muy poco al infante don Enrique, porque como estaba en connivencia con él, no enviaba por aquella parte sus taifas.

Don Juan Nuñez de Lara, don Juan Alfonso de Haro y muchos ricos hombres castellanos, venian con el rey de Portugal, quejosos de que la reina no hubiese satisfecho una vez mas su insaciable ambicion.

Doña María, por otra parte, no tenia dinero ni de dónde le viniese, y sus caballeros andaban descontentos por mal pagados.

Aquello se hacia á cada momento mas difícil.

III.

Quince dias despues, Zayda Fatima, ya restablecida, aunque débil, vino á su campo, cerca de Valladolid, situado en el mismo lugar, fuera del arrabal de los Molinos, en que habia estado antes.

Encontró la caba; pero fué necesario hacer de nuevo la estacada y las barracas, porque habian cargado con todo los vecinos del arrabal.

Zancudo y todos los que pensaban algo en la compañía, se asombraban de que nunca faltase dinero á su capitán para tan enormes gastos, y Zancudo decia con mucha frecuencia:

—¡Cuerpo de mi viznieto, aquel que vendrá no se sabe cuándo! qué gran rey debe ser el rey, padre de nuestro infante, cuando da á la mano tanto dinero á su hijo.

IV.

Zayda Fatima, el mismo dia que llegó, por la noche, fué á ver, acompañada del conde don Lope, á la reina, por la mina que empezaba en la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

La reina la recibió con alegría, y Zayda Fatima cumplió el encargo que la habia cometido por medio de Zancudo el infante don Pedro de Aragon, y dijo tomando el relicario:

—Me negué á sus pretensiones de ser mi marido; pero acepto esta manda sagrada de un desventurado moribundo: que Dios quiera me proteja esta santa reliquia, ya que por sus malas obras contra mí, que yo le perdono, no le ha podido proteger.

Y la reina guardó el relicario entre sus ropas, pero no se lo puso en la garganta; le habia llevado un hombre enamorado de ella.

V.

Las cosas fueron mejorándose.

La reina envió mensajeros al rey de Portugal, que adelantaba sobre Valladolid, para que le recordasen los deberes que para con el rey su hijo habia contraido voluntariamente.

Pero cuando el rey de Portugal supo que iban á buscarle enviados de la reina, no quiso que llegasen á él, y envió á decirles que se volviesen, que no queria oir nada de lo que les habia mandado la reina le dijiesen.

Volviéronse los mensajeros á Valladolid, y manifestaron á la reina el mal éxito de su encargo.

Esto affigió á la reina, porque dilataba aquella situacion penosa, y no podia soportar los gastos de la guerra, porque todo lo que producian los tributos, lo tenian el infante don Enrique y don Diego Lopez de Haro, y los otros ricos hombres y caballeros que servian al rey.

Tenia necesidad de dar á don Diego Lopez de Haro y á los otros caballeros dos mil maravedises diarios para que se mantuviesen y no abandonasen al rey.

Además de esto, necesitaba mantener los soldados que tenia en la frontera del reino de Granada y á los que en lo restante del reino guardaban las villas y los castillos.

Sin contar con el mantenimiento de muchos almogaraves y hombres de guerra.

Exigíanle además con suma frecuencia muchos caballos los hombres de armas, aunque les mataban muy pocos en la guerra; lo cual, aunque era un abuso, no podia excusar, encontrándose pues, á causa de esto muy pobre; y sabiendo que todos sus enemigos estaban de acuerdo con el rey de Portugal para venir á cercar al rey en Valladolid, pensó en acuñar moneda por el rey, en lo que buscaba dos resultados: afirmar primeramente al rey en el trono, y hacer que, cuando los enemigos lo supiesen, la

respetasen mas, porque la considerasen con dinero suficiente para hacer la guerra.

Consultó esta medida la reina con don Diego Lopez de Haro y con los prelados, ricos hombres y caballeros que la servian, y todos hallaron buena y aprobaron la determinacion de la reina.

Envió luego la reina mensajeros con este propósito á los concejos de Zamora, Búrgos, Avila y Segovia, y ellos, conociendo la buena razon que para esto tenia la reina, se complacieron y lo otorgaron.

Mandó pues la reina acuñar la moneda, y obtuvo sobre ella un empréstito ó *manlieva*, como se decia entonces, con lo que pudo pagar cumplidamente á sus defensores y mantenerlos á su servicio.

Pesóle mucho de esto al rey de Portugal cuando lo supo, y confesó que ninguna otra cosa podia haber hecho la reina doña María que mas dañosa hubiese sido para él ni mas beneficiosa para el rey.

Sin embargo, no dejó de adelantar hácia Valladolid, ocupando las villas y lugares que encontraba al paso y destruyendo la tierra.

Visto lo cual por la reina, apellidó á todos los caballeros en Castilla para que viniesen á socorrer al rey, que estaba en peligro de ser cercado en Valladolid.

Pidió consejo á don Diego Lopez de Haro, al maestre de Santiago y á todos los caballeros que la asistian, acerca de lo que deberia hacerse.

Aconsejéronla que no esperase á ser cercada en Valladolid, y con el rey su hijo se fuese á Avila ó á Segovia ó á Toledo, para evitar el gran peligro de ser cercados sin esperar socorro alguno.

Negóse á este partido la reina doña María, que conoció que huir era dar aliento á los enemigos y desalentar á los amigos, y declaró que ella permaneceria en Valladolid, y se dejaria cercar, porque si del cerco salia bien, lo habria ganado todo; pero que en cuanto al rey, por evitar el peligro de que fuese preso, podian

llevarle adonde pareciera mejor; pero que ella se quedaria en Valladolid para lo que Dios quisiese, afrontando el peligro, si lo habia.

Y cuando todos vieron que no podian reducir á la reina á que huyese, dijéronla que, puesto que queria quedarse, quedase, pero que con ella quedase tambien el rey, porque así se obligaria mas á la defensa á los de Valladolid.

VI.

Acordado esto, la reina envió cartas á don Juan Alfonso de Haro, manifestándole el peligro en que se encontraba, y que vi-niese á ayudarla.

A lo que don Juan Alfonso de Haro contestó que no podia hacerlo, porque estaba desheredado del señorío de los Cameros, y que si la reina no se lo daba, no iria á ayudarla.

A tal altura estaba entonces la lealtad en Castilla, sujeta á tarifa. Bien es verdad, que así, sobre poco mas ó menos, ha sucedido en tiempos mas modernos.

Costaba mucho trabajo á la reina ceder á esta exigencia de don Juan Alfonso de Haro, porque el rey don Sancho su marido, habia heredado aquel señorío de su hermano el infante don Jaime, y le tenia en mucha estima, y al morir el rey habia dejado este señorío al infante don Pedro su hijo, que entonces tenia cuatro años.

Pero obligada de la necesidad, y porque don Juan Alfonso de Haro tenia muchas villas y fortalezas en Castilla, é importaba mucho tenerle á buen servicio, mandó al fin entregar el señorío de los Cameros á don Juan Alfonso de Haro.

Esto era contemporizar: siempre ceder, siempre puesta la esperanza en Dios, de que llegase un dia en que cesaran tantas humillaciones.

Conseguido esto por don Juan Alfonso de Haro, empezó á

hacer alistamiento de gente de armas y preparativos, para venir á ayudar al rey en Valladolid.

Habia recibido el precio, y era necesario prestar el servicio.

VII.

Entre tanto, el infante don Juan, que se llamaba rey de Leon, y el infante don Alfonso de la Cerda, que se llamaba rey de Castilla, y don Juan Nuñez de Lara, que estaba en el reino de Leon, como supieron que el rey de Portugal adelantaba á Valladolid, fuéronse para él con sus huestes, y le encontraron en Salamanca, y cuando con él se vieron, dijéronle que toda la tierra tenia quebrantada, y que podian irse á Valladolid todos juntos, segurõs de que podian prender al rey; que preso, le quitarian el reino, y se lo repartirian.

El rey de Portugal movió entonces su hueste, avanzando mas sobre Valladolid, y llegando al Duero, pasaron junto á Tordesillos, y á otro dia llegaron á Simancas, donde estableció su campo y envió un caballero á la reina doña María, para que la dijese enviase otro caballero en quien ella fiase para hablar con él algunas cosas que queria supiese la reina.

Negóse á esto doña María, y respondió al enviado del rey de Portugal:

—Decid á vuestro señor de mi parte, que teniendo él solemnes tratos hechos con el rey mi hijo, como lo acreditan cartas suyas, y habiéndole dado el rey villas y fortalezas en cumplimiento de estos tratos, le entra ahora por la tierra quemándole, robándole y arrasándose todo; y puesto que él este daño le ha hecho, y le viene á cercar en su villa de Valladolid, decidle que le digo yo que si él llega con su hueste á ningun lugar desde donde pueda ver con sus ojos á Valladolid, donde está el rey, ó si se detiene mas en su reino, tenga por cierto y por seguro, que su hija la infanta doña Constanza, no llegará á unirse

con el rey mi hijo, por mas que sea su desposada, y que se la enviaré para que la guarde.

Volvióse el enviado con esta enérgica respuesta de la valiente reina, y halló al rey de Portugal mas hallá de Simancas, y por lo que el enviado le dijo, y porque habia recibido aviso de que se fuese á Castil Rodrigo y á Sabugal y á Alfayates, que se los entregarían, y además, porque don Juan Nuñez, viéndole resuelto á cercar á Valladolid, le dijo, y asimismo los otros caballeros castellanos que con él estaban, que no cercarian al rey don Fernando, ni mandarian tirar piedras, ni saetas, ni otras armas, contra el lugar donde él estuviese, y habiendo dicho esto mismo los caballeros que servian á los infantes don Juan y don Alfonso, temió que si se obstinaba en lo del cerco, y toda aquella gente de guerra se fuese con el rey don Fernando, se encontraría en gran peligro, é imposibilitado tal vez de volver á su reino, levantó el campo, y al dia siguiente pasó el Duero, llegó á Medina del Campo, y allí, separándose de él los dos infantes, y don Juan Nuñez de Lara, y los otros caballeros castellanos, volvióse á gran paso hácia su tierra, metiéndose en ella.

VIII.

Otro milagro acababa de salvar á la reina doña María, porque era verdaderamente un milagro que á don Juan Nuñez de Lara y á los otros traidores de Castilla, que ayudaban al rey de Portugal, se les ocurriese respetar de tal manera al rey, de cuyo señorío se habian desnaturado, que no quisiesen arrojar piedra ni saeta, ni otras armas, al lugar donde el rey estuviese.

Verdad es que la reina doña María tenia dinero, por el empréstito que habia sacado sobre la moneda, y se podia esperar pagase bien á los que se fuesen de nuevo á su servicio.

IX.

Abandonados los infantes don Juan y don Alfonso, y ciegos de rabia, fuéronse á Palenzuela, desde donde el infante don Juan se fué á su usurpado y mal seguro reino de Leon, y el infante don Alfonso, con el rico hombre Pero Coronel y muy pocos caballeros, se fué á Aragon.

X.

Tales fueron los resultados de el para los aragoneses funestísimo cerco de Mayorga.

A haber tomado aquella villa, hubieran tenido una fuerte base de operaciones, se hubieran apoderado de Búrgos, hubieran ganado por las ventajas de la guerra tanto prestigio como hubiera perdido doña María, y la perdicion del reino hubiera sido asaz segura para el rey don Fernando.

La peste negra le habia salvado, y aquel socorro imprevisto, aquel socorro terrible, cambió de todo punto el estado de las cosas, y se tuvo con harta razon por milagro.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

PRÓLOGO.

LA NOCHE DE MUERTE DE SANCHO IV.

	Págs.
CAPITULO. I.—El golfin.....	7
CAP. II.—Dos servidores del infante don Juan.....	11
CAP. III.—El infante don Juan.....	21
CAP. IV.—El ensueño de la conciencia.....	29
CAP. V.—De la conversacion que tuvieron el rey don Sancho y su primo el infante don Juan Manuel.....	37
CAP. VI.—En que se ve dónde estaba la dama de la litera.....	43
CAP. VII.—En que se da á conocer en algun modo al infante don Juan.....	49
CAP. VIII.—De cómo escapó Zayda Fatima de la casa fuerte del infante don Juan.....	103

LIBRO I.

ZAYDA FATIMA.

CAPITULO. I.—El caballero del Aguila Roja.....	127
CAP. II.—En que Farfan cuenta cómo se hizo capitan de una banda de aventureros ambíguos el caballero del Aguila Roja.....	137
CAP. III.—En que se sabe el encargo que habia traido de Valladolid Ciervo-veloz, y el caballero del Aguila Roja cuenta la historia que verán nuestros lectores.....	143
CAP. IV.—En que se dice lo que por ser largo no se ha dicho en el anterior..	157
CAP. V.—De cómo el caballero del Aguila Roja no era caballero, y de cómo una dama puede ser tan fuerte como Bernardo el Carpio.....	169

CAP. VI.—De la mala aventura que le aconteció al infante don Pedro de Aragon.....	177
CAP. VII.—En que se ve que se habia trasformado mucho el infante don Juan Manuel.....	193
CAP. VIII.—En que interviene un extraño monje en los sucesos de esta verdadera historia.....	201
CAP. IX.—De cómo Zayda Fatima juramentó á dos infantes.....	211
CAP. X.—En que se ve hasta qué punto eran ejecutivos los enjuiciamientos en la Edad Media.....	217
CAP. XI.—En que se aclaran algunos puntos oscuros de la historia de Zayda Fatima.....	225
CAP. XII.—Historia de un traidor.....	235

LIBRO II.

EL APARECIDO.

CAPITULO. I.—Valladolid la vieja.....	259
CAP. II.—En que se sabe quién era el aparecido.....	269
CAP. III.—En que se da una ligera idea de lo que era la gente <i>non sancta</i> de entonces.....	279
CAP. IV.—En que se explica lo que se ha prometido en el anterior.....	289
CAP. V.—Segunda parte del anterior.....	303
CAP. VI.—De cómo Zayda Fatima se metió en oficios de alguacil.....	309
CAP. VII.—De la importante entrevista que tuvieron la reina y el conde don Lope.....	315
CAP. VIII.—La Palomilla.....	327
CAP. IX.—En que continúa la materia comenzada.....	339
CAP. X.—De cómo el infante don Juan huyó de un muerto á quien siguió el rey.....	347
CAP. XI.—De cómo el rey don Fernando el IV tenia bastante valor para escuchar las razones de un muerto.....	355
CAP. XII.—De cómo el infante don Juan encontró á Zayda Fatima y no la reconoció.....	365
CAP. XIII.—Zayda Fatima se entiende por señas con el rey don Fernando el IV á propósito de la espada de don Jaime el Conquistador.....	373
CAP. XIV.—En que el infante don Juan empieza á ver en su sobrino don Fernando, algo de su hermano el rey don Sancho el Bravo.....	379
CAP. XV.—En que Zayda Fatima hace algunas revelaciones y da excelentes consejos al rey.....	383
CAP. XVI.—En que el conde don Lope deja de ser para el rey un alma en pena.....	397

CAP. XVII.—De lo que hizo con sus prisioneros Zayda Fatima.....	411
CAP. XVIII.—En que el conde don Lope continúa diciendo al rey muy buenas cosas.....	421
CAP. XIX.—Cómo la traicion se amparaba del silencio y de la soledad de las abadías.....	435

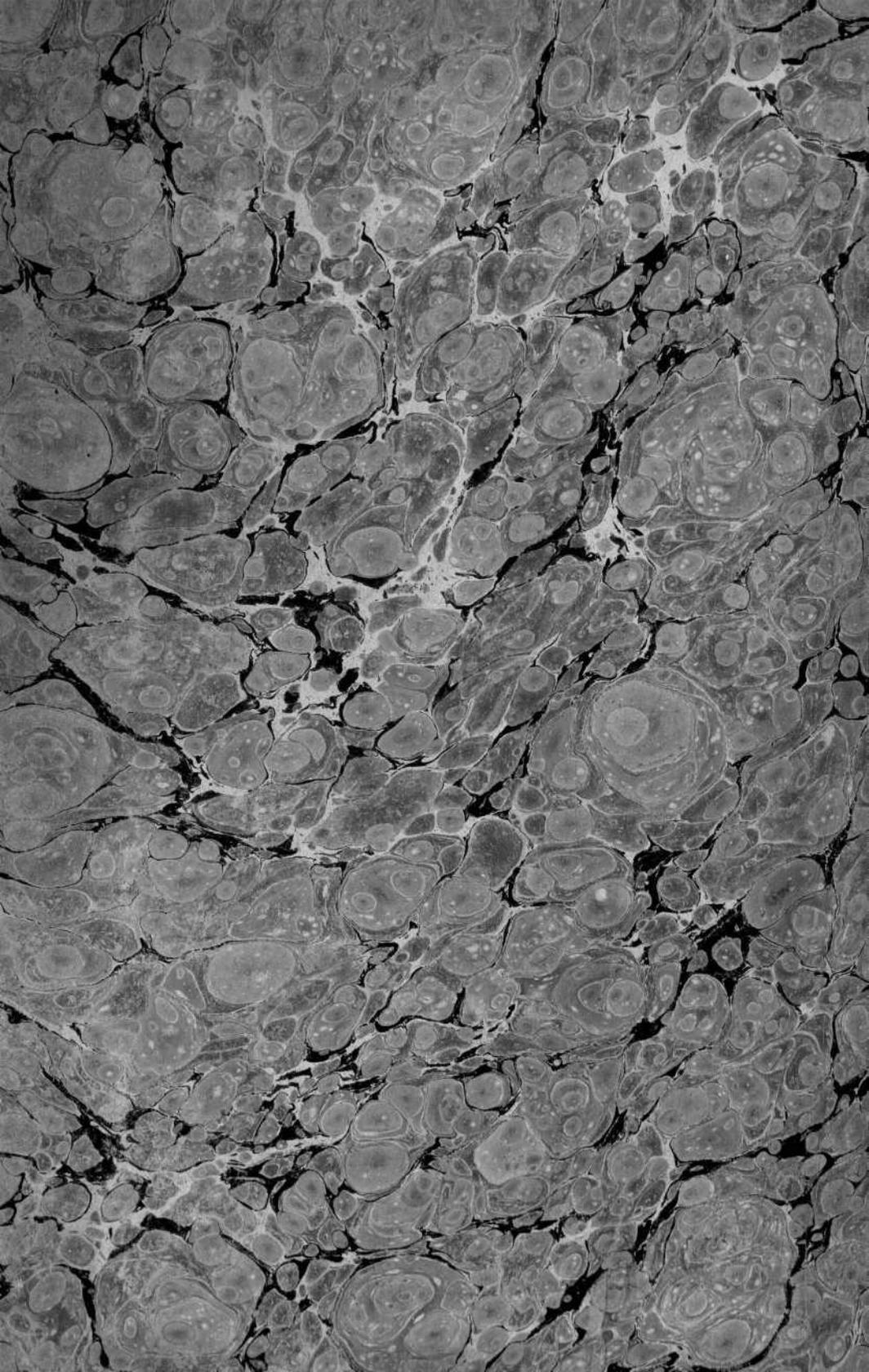
LIBRO III.

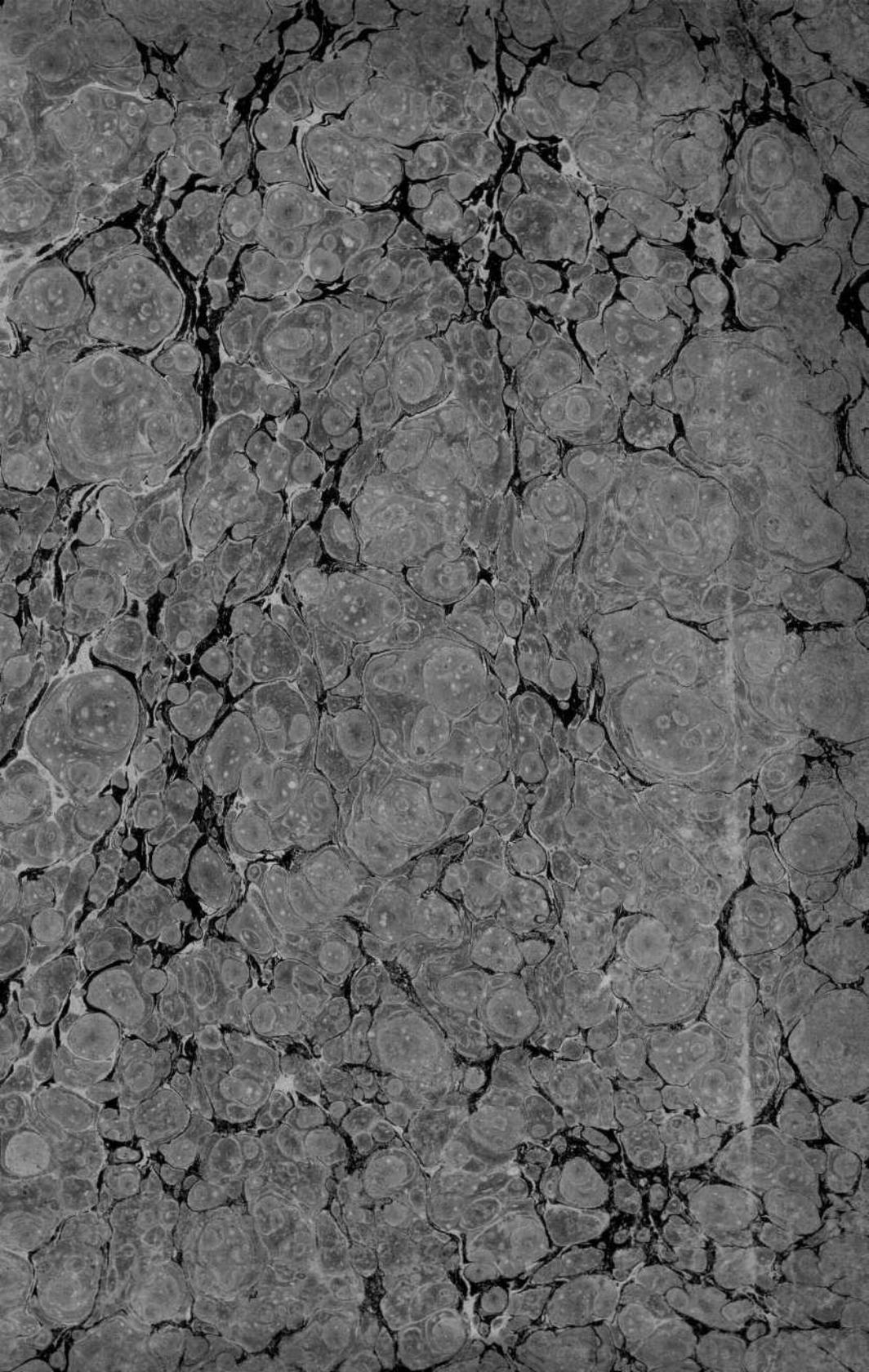
EL CERCO DE MAYORGA.

CAPITULO. I.—De cómo andaban las cosas en Castilla.....	447
CAP. II.—En que el autor retrocede en su relato, porque así lo reclama la claridad del asunto.....	461
CAP. III.—En que se ve á cuántos peligros estaba espuesta Zayda Fatima...	469
CAP. IV.—Lo que hablaron un abad y un prior.....	483
CAP. V.—En que se ve el terrible aliado que Dios había concedido á la reina doña María.....	489
CAP. VI.—Lo que oyó un paje escondido detrás de un tapiz.....	503
CAP. VII.—En que se ve que Zancudo tenia mas ambicion que lo que era de esperar.....	513
CAP. VIII.—De la buena adquisicion que hizo Zancudo en la aldea de Villanubla.....	519
CAP. IX.—En que empieza á parecerle al Zurdo no tan bueno el trato que habia hecho como habia creido.....	529
CAP. X.—De cómo Zancudo entró á servir temporalmente á doña Juana Nuñez de Lara.....	539
CAP. XI.—De cómo en las crónicas de Velilla de Valderaduey existe el relato de una tremenda catástrofe, que no han podido comprobar los mas pacienzudos historiógrafos, y que es la desesperacion de la Academia de la Historia.....	549
CAP. XII.—De lo que pasó en la puerta de San Pedro de Mayorga mientras llegaba doña Juana Nuñez de Lara.....	571
CAP. XIII.—En que el autor sigue como puede su relato.....	581
CAP. XIV.—De cómo la mano de Dios desbarató los ambiciosos proyectos de Zancudo.....	593
CAP. XV.—Un amor de todo punto imposible.....	605
CAP. XVI.—De como murió el infante don Pedro de Aragon.....	617
CAP. XVII.—De cómo fué el entierro del infante don Pedro de Aragon y de algunos otros magnates aragoneses.....	629
CAP. XVIII.—Que sirve de epílogo al libro tercero.....	635

BIBLIOTECA

- Cap. I - In some sections the text is...
- Cap. II - In some sections the text is...
- Cap. III - In some sections the text is...
- Cap. IV - In some sections the text is...
- Cap. V - In some sections the text is...
- Cap. VI - In some sections the text is...
- Cap. VII - In some sections the text is...
- Cap. VIII - In some sections the text is...
- Cap. IX - In some sections the text is...
- Cap. X - In some sections the text is...
- Cap. XI - In some sections the text is...
- Cap. XII - In some sections the text is...
- Cap. XIII - In some sections the text is...
- Cap. XIV - In some sections the text is...
- Cap. XV - In some sections the text is...
- Cap. XVI - In some sections the text is...
- Cap. XVII - In some sections the text is...
- Cap. XVIII - In some sections the text is...
- Cap. XIX - In some sections the text is...
- Cap. XX - In some sections the text is...
- Cap. XXI - In some sections the text is...
- Cap. XXII - In some sections the text is...
- Cap. XXIII - In some sections the text is...
- Cap. XXIV - In some sections the text is...
- Cap. XXV - In some sections the text is...
- Cap. XXVI - In some sections the text is...
- Cap. XXVII - In some sections the text is...
- Cap. XXVIII - In some sections the text is...
- Cap. XXIX - In some sections the text is...
- Cap. XXX - In some sections the text is...







LA
BUENA MADRE

G 14670